

BOLSILIBROS
BRUGUERA
●
SERIE
**PUNTO
ROJO**

adorable pero cínico

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

ADORABLE PERO CINICO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 447
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 34.489 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1970

© RALPH BARBY, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

671 — Entre coyotes anda el juego.

En Colección KANSAS:

611 — Hay que saber perder.

En Colección CALIFORNIA:

737 — A caballo de la venganza.

En Colección BRAVO OESTE:

509 — Camino de su tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.037 — El detective del millón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

737 — Se vende *saloon*.

En Colección PUNTO ROJO:

445 — Divide y vencerás.

En Colección ASES DEL OESTE:

541 — Taged.

En Colección BISONTE:

1.106 — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BÚFALO:

779 — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

El ambiente de la *boîte* Cholo era cargado, denso, un ambiente que no se diferenciaba de un día a otro porque el local tenía un ochenta por ciento de clientes asiduos y constantes y un veinte por ciento de foráneos, turistas en su mayor parte, que deseaban conocer las fuertes y verdirrojas, pero no bellas noches del bajo París, un París que se pegaba al sucio Sena, donde las piedras de las casas y los adoquines de las callejas estaban húmedas y resbaladizas.

Un conjunto de barbudos blancos, en el que sobresalía un negro de dos metros de estatura que tocaba el contrabajo, daba ambiente musical al local.

En la *boîte* Cholo se jugaba fuerte, pero con fichas y el jefe de policía del distrito prefería hacer la vista gorda. Después de todo, también se jugaba fuerte en otras partes de Francia. Cada mes, un sobre anónimo llegaba a su domicilio con unos generosos billetes y él no se preocupaba de preguntar de dónde venía. Era más seguro para él y más decente para su conciencia.

Mesas aquí y allá. Póquer, dados, naipes de todas clases, pero ninguna ruleta. Pese al disimulado soborno, no podían estar a la vista cosas demasiado ostentosas que no se pudieran hacer desaparecer en una redada policial, y que el jefe de policía del distrito prefería no comprometerse a nada.

Los clientes fijos jugaban más que bailaban o contemplaban el *show* de *streep-tease*. En cambio, los turistas preferían el típico plato francés y no apartaban sus ojos de la bailarina.

Monique, la chica más apreciada de la *boîte*, se jactaba de distinguir con una rápida mirada a los clientes, catalogándolos sin error. Sus grandes y ardientes ojos quedaron fijos en la alta silueta del hombre que acababa de acodarse en la barra con indolencia.

Pasaría del metro noventa, lo que no era frecuente entre los parisienses. Tendría unos treinta años, cabello abundante rubio claro, ojos grises y un rostro agresivo, de mentón cuadrado, dulcificado por un hoyuelo que le daba simpatía.

Parecía delgado, pero las manos de Monique habrían necesitado varios palmos para conseguir medir su espalda de hombro a hombro.

La mujer pensó que no se estaría nada mal aprisionada entre los fuertes brazos de aquel hombre que sin duda alguna no era francés. Vestía un conjunto deportivo y veraniego de chaqueta azul brillante con botones niquelados y pantalón blanco. Más parecía un oficial de la marina británica en sus momentos libres.

Cuando Monique se dio cuenta de que el hombre reparaba en ella, le sonrió y movió las caderas sinuosamente para comenzar a caminar hacia él.

Monique estaba segura de su abundante cabellera negra, de sus grandes y ardientes ojos oscuros. Estaba segura de la estrechez de su cintura, de la proporción de sus caderas, de sus piernas bien torneadas. Podían verse sin rebuscamientos las *panties* blancas, carentes de puntillas.

—¿Aburrido?

—No a tu lado.

—Me llamo Monique.

—Erick —repuso en un francés en el que se advertía un acento extraño, difícil. Lo mismo podía ser irlandés que escandinavo.

—¿Sueco?

—No —denegó él sonriente mientras tomaba su vaso de *whisky*

—. ¿Qué quieres tomar?

—Veo que tú no aprecias el champaña. Tomaré un *whisky* como tú.

—Camarero, un doble para Monique.

El empleado asintió con la cabeza rápidamente.

—Norteamericano, seguro.

—No.

—¿Irlandés?

—No.

—Diablos, francés sí que no eres.

—Es cierto, soy terrestre.

—Vaya, ¿ahora me cuentas una de ciencia-ficción? Francamente, no lo esperaba. Te advierto que cada día se explican historias más raras, pero el asunto de los extraterrestres sólo está bien para David Vincent, el de la «tele».

—Nací en un circo ambulante hace ya algunos años.

—Lo supongo —repuso sarcástica.

—Mi madre siempre decía que era del último país que visitábamos.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre? —rió—. Creo que ni mi madre sabía quién fue.

—¿Pretendes que me escandalice?

—Oh, no, por supuesto que no. ¿Tú haces *streep-tease*?

—¿Interesado? —inquirió coqueta.

—¿Por qué no? Siempre me han gustado las bellezas al natural.

—Y a solas, por supuesto.

—¿Parezco de piedra?

Ella tomó su vaso, ya servido y pagado por Erick.

—Pero tendrás alguna nacionalidad, ¿no? Me refiero a tu documentación.

—Sí, claro, pero ¿qué importa cuál sea? No sirvo a bandera alguna, soy internacional.

—¿Cómo un futbolista?

—Algo así. Lo mismo puedo ser escandinavo, norteamericano, irlandés, alemán o ruso, pero no soy de ninguna parte. En concreto, amo la vida el juego y las mujeres.

—¿El juego? Pues aquí en el Cholo se juega fuerte, tú mismo puedes ver las mesas. ¿Cómo es que no juegas? Yo podría ser tu musa de la buena suerte.

—Sí, claro, pero es que... —objetó dubitativo.

—No tienes demasiado dinero y el poco que tienes temes perderlo —dijo provocativa, burlona, entreabriendo sus labios siempre húmedos y rojos. Mientras, para acercarse a la barra, se aproximaba más al hombre apoyando con naturalidad sus redondeces en la anatomía masculina.

—¿Conoces bien al que dirige esto?

—¿Por qué? —preguntó ahora suspicaz.

—Tu respuesta que hace deducir que sí.

—¿Qué quieres decir?

—Me has preguntado antes si tenía dinero.

Sonaron algunos aplausos. La música había cesado y una hermosa chica saludaba apresurándose a recoger del suelo las prendas de ropa desperdigadas durante su actuación.

—Bueno, no es ningún secreto. Anatol es el dueño del Cholo.

—Debe ser un tipo muy sagaz cuando contrata a chicas tan hermosas y jóvenes como tú para animar el local.

—Hablabamos de dinero —recordó ella.

Erick sonrió.

—Sí, claro.

Sacó de su bolsillo una cajita de plástico semitransparente de unos diez centímetros por siete y tres de grueso y que se abría por un costado.

—¿Ahí dentro está tu fortuna? —preguntó Monique sarcástica.

—Verás, no tengo dinero suelto y me gustaría jugar si me cambian dinero por esto.

—¿Qué es? Parecen piedrecitas, no se ve claramente a través del plástico.

Él levantó la tapa ligeramente, moviendo la cajita, una de las gemas saltó a su palma.

—¡Hum! —expresó admirativa—. Un diamante. No es muy grande, pero parece valioso.

—Un garbancito. Me desprenderé de uno de ellos por mil dólares cuando lo menos vale tres mil pero soy muy conformista.

—Si vale tres mil, ¿por qué no vas a una joyería para que te lo compren?

Él sonrió cínicamente.

—Soy pájaro nocturno y, durante la noche, las joyerías están cerradas. Es una mala suerte, pero nadie puede atenderme.

—Comprendo.

Monique tomó el diamante de la mano masculina. Se disponía a alejarse cuando el hombre la agarró por el brazo desnudo.

—¿Adónde vas tan aprisa con uno de mis garbancitos?

—¿No quieres mil dólares por él?

—Sí, pero aunque me gustas mucho, no me agrada que te alejes demasiado con él.

—No temas, no va a desaparecerte. Voy hasta aquella mesa del rincón.

—¿Uno de aquellos tipos es Anatol? —preguntó Erick.

—Sí, el más bajito.

—Bien, te espero aquí, pero nada de jugarretas. Tengo muy mal genio cuando me enfado.

Ella le acarició el rostro con la mano y lo besó en los labios, encaminándose después hacia la mesa.

Monique se acercó a la mesa en la que había tres hombres, uno de ellos el propio Anatol, dueño del Cholo. Era un armenio diminuto y cojeante de la pierna derecha y quienes le habían llamado enano despectivamente lo habían pagado caro.

Usaba lentes de cristales redondos y tenía un cabello escaso y rizado. Su edad era indescifrable, lo mismo podía tener sesenta que cincuenta años y era un hombre sagaz e inteligente que empleaba dichas cualidades en sus manejos al margen de la ley.

Junto a Anatol se hallaban dos tipos bien vestidos.

Uno era belga, grueso, alto y calvo. El tercero, el más joven del grupo, tenía la nariz un tanto aplastada, lo que le delataba como boxeador y se decía que acompañaba al pequeño Anatol hasta al mismísimo W. C., para protegerlo de sus múltiples enemigos.

—El rubio de la barra quiere jugar y no tiene suelto. Pregunta si le pueden cambiar este diamante.

Anatol tomó la gema en sus manos y sin pronunciar palabra, miró a Erik, quien lo saludó con el vaso en la mano.

Anatol no expresó nada. Sopesó el diamante y luego lo tendió al belga quien a su vez lo tomó en silencio. Sacó de su bolsillo una lupa de joyero y escrutó escrupulosamente la gema que movió entre las yemas de sus dedos cortos y gordos, casi carentes de uñas.

—Puede valer algo más de tres mil dólares.

Monique asintió:

—Es lo que ha dicho él y tiene más. Quiere dinero para jugar.

—Que le den mil dólares en fichas.

—Es lo que ha pedido —explicó Monique.

—Parece listo ese tipo. Vigílalo de cerca, no te separes de él. A los clientes buenos hay que mimarlos —indicó el armenio mientras sacaba un talonario en el que escribo una orden a caja para que lo canjearan por valor de mil dólares en fichas de juego, representativas, sin embargo, de francos nuevos y no de moneda norteamericana.

—Lo cuidaré hasta que suelte el último diamante —rió ella alejándose de la mesa donde había dejado la gema, llevando ahora en su mano el talón canjeable.

Cruzó su brazo con el de Erick y dijo sonriente:

—Has tenido suerte, amor. No querían aceptar tu pedrusco pero les he hablado muy bien de ti y ellos se fían de mí.

—Magnífico, Monique, quizá al final tengas tu premio, porque seguro que voy ya a ganar mucho dinero. Soy hombre de suerte y he venido a París a hacerme rico.

—¿Jugando?

—Sí, pero de otra forma.

—¿Cuál?

—No puedo decírtelo, muñeca, es un asunto peligroso y que da mucho dinero. Eso es lo que me interesa. Por cierto, ¿cuánto me van a dar esos cuervos por el diamante?

—Lo que tú has pedido.

—Mil dólares no es mucho, pero en fin.

Cuando Erick tuvo las fichas en su mano, Monique, sin descolgarse de su brazo, preguntó:

—¿Qué tipo de juego vas a elegir?

—Me gustan los dados.

—¿Influencia yanqui?

—Pasé algún tiempo en Estados Unidos. Me aficioné a los dados y soy un experto.

—Al Cholo vienen muchos norteamericanos residentes en París, por eso hay mesa de dados.

Erick esperó su turno en la larga mesa tapizada en verde donde la pareja de dados rodaba atrayendo las miradas de los jugadores.

Tuvo dos jugadas de suerte y luego aumentó las apuestas. Inmediatamente, comenzó a perder. Sin embargo, Erick conservaba su sonrisa. Con sus movimientos excitaba a cuántos habían sido atraídos a la mesa. Monique le animaba.

—Pronto cambiará la suerte, Erick. Sigue adelante.

Las fichas iban desapareciendo en la caja del sujeto que atendía la mesa en nombre de la *boîte*.

Nadie se percató cuando Erick cambió los dados por otro par que él llevaba. Siguió perdiendo de modo alarmante, los francos desaparecían a cientos ante las exclamaciones de decepción.

De pronto, cuando apenas le quedaban fichas para jugar, Erick se quedó mirando los dados con curiosidad y semblante agrio.

—Me parece que estos dados...

El encargado lo miró molesto y la expectación subió de tono.

—¿Qué ocurre con los dados?

—Eso se lo diré ahora, amigo. ¿Alguien tiene algo de hierro, una navajita o cosa por el estilo? Entiendo mucho de dados, he jugado con ellos y conozco sus trucos.

—¿Insinúa que están trucados? —preguntó el cuidador de la mesa.

El tipo que custodiaba a Anatol se acercó disimuladamente a la larga mesa al ver que en ella aumentaba la tensión.

Ante la también desconcertada Monique, alguien tendió un cortaúñas de acero. Erick lo tomó y puso los dados contra él. Luego, colocó ambos boca abajo y no se cayeron.

—Lo que me figuraba, están imantados, por eso no hago más que perder. ¡Estos dados están trucados!

A la sorpresa y las exclamaciones se unieron las protestas.

Antes de que nadie pudiera evitarlo, Erick ya había cogido la mesa por uno de sus cantos y elevándola, la derribó después contra una mesa cercana de póquer. La bronca se había iniciado como si se hubiera puesto una antorcha encendida dentro de un barril de plástico explosivo.

Maurice, el guardaespaldas de Anatol, giró a Erick por el hombro disparándole un puñetazo que habría sido contundente si Erick no hubiera apartado la cabeza a tiempo.

El puño murió en el aire y el gancho en la boca del estómago que Erick propinó a su atacante fue decisivo para enviarlo unos cuantos metros lejos.

Las mesas, sillas y botellas comenzaron a romperse con facilidad asombrosa. Monique, entre asombrada y admirada, observaba cómo Erick se deshacía de cuantos le atacaban. Era como si chimpancés atacaran a un temible ejemplar de gorila. No tardaron en escucharse sirenas y silbatos.

—¡La policía, los gendarmes están aquí!

Afuera llegaron dos coches furgones para ser cargados con prontitud mientras tres docenas de gendarmes, armados con duras porras, se esparcían tratando de cazar el máximo de gente posible.

Anatol y su compañero el belga no se movieron de su mesa. Sabía que la policía no le haría nada a él directamente, sin embargo, estaba furioso por el aspecto que ofrecía su local.

—Erick, ven conmigo, que no te coja la policía.

Monique tiró de Erick hacia el interior del local. Luego, lo sacó a un callejón.

—Corramos antes de que nos atrapen.

Corrieron por la húmeda calleja mientras llegaban gritos algo lejanos.

Monique introdujo al hombre por una escalera oscura, casi siniestra. Subieron a tantas unos peldaños rotos en los que se jugaba uno el desnucamiento a cada escalón.

Monique abrió una puerta encendiendo la luz.

Erick esperaba encontrar una estancia húmeda y desagradable, y se sorprendió al ver una habitación acogedora y bien decorada con profusión de cortinas y toda ella en estilo rococó.

—Un excelente nido de amor. ¿Traes aquí a los clientes especiales?

Monique cerró la puerta, apoyando su espalda contra ella.

—¿No me agradeces que te haya salvado de la policía? Con los diamantes que llevas encima, habrías tenido problemas para explicar su procedencia. ¿No es cierto?

—Así es, Monique. Eres una chica inteligente y te premiaré con uno de ellos si me quedo aquí esta noche y no tengo más problemas. En estos instantes, caer en manos de la policía sería funesto para mí.

La mujer extendió sus brazos rodeando el cuello del hombre. Lo besó en la boca, estrechándose contra él para hacerle notar su femineidad.

—Aguarda, aguarda.

—¿Qué sucede?

—Ya que voy a dormir aquí, deseo estar seguro de que nadie va a interrumpirme durante el agradable sueño.

—¿Desconfiado?

—Es una mala costumbre de la que no consigo despegarme, pero que da buenos resultados. Eso me lo enseñó un chino.

—¿Un chino? —se sorprendió la mujer.

—Sí. Me dijo que allá en China vinieron tiempos de escasez y la

ración de arroz era tan escasa que tuvieron que comer varios en un solo cazo.

—No veo la metáfora por ninguna parte.

—Te explicaré. Los que tenían las buenas costumbres bien arraigadas, comían con palillos y los otros cogían el arroz con sus dedos. A ver si adivinas quién se murió antes, el de las malas costumbres o el de las buenas.

—Supongo que no explicarías esos chistes en el circo, ¿verdad?

—Luego te explico chistes mejores, verás cómo te gustan; son mudos.

—¿Estás de juerga?

—No, son chistes de mímica pura, cariño.

Erick retiró un pesado mueble, atrancando la puerta. Luego, fue levantando cortinas hasta asegurarse de que salvo la puerta que daba al cuarto de aseo, el cual poseía una ventana enrejada, no había ningún lugar más por dónde pudieran entrar y sorprenderle.

Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla. Se dejó caer en el sofá y pidió sonriente:

—Empieza.

—¿El qué? —inquirió ella picara.

—Tu número «boom» en la *boîte*.

Ella abrió una vitrina y sacó un vaso. Vertió en él licor, se lo tendió al hombre y éste la agarró por la cintura pidiendo:

—Bebe tú primero.

—¿No te fías?

—Quiero que tus hermosos intestinos contengan lo mismo que los míos. Una vez me contaron que alguien que pensaba pasarlo bien se durmió y al día siguiente sólo le quedaban los calzoncillos. La metáfora no es de las mejores pero sirve para el caso.

Ella tomó el vaso y vació la mitad del mismo de un solo trago. Después preguntó:

—¿Satisfecho?

—Sí, preciosa.

—Bien, ahora ponte cómodo para presenciar mi número «boom».

Monique le desabrochó la camisa y luego se apartó de él. Puso en marcha un tocadiscos que dejó escapar una música suave, casi oriental.

La mujer movió sus cabellos que medio cubrieron su rostro mientras comenzaba a danzar por él. La primera pieza de ropa resbaló hasta el suelo, sinuosa como una serpiente, sin producir ruido alguno.

Erick bebió un sorbo del contenido del vaso. El licor también era fuerte.

CAPÍTULO II

El embajador norteamericano en París escuchó atentamente lo que le decía Clu Harrison, el hombre de la CIA., que encubría su personalidad pasando a ser en la nómina y en todos los datos oficiales, un agregado cultural más de la Embajada yanqui.

Clu Harrison pasaba de los cincuenta. Su estatura no era elevada pero aparecía como un hombre fuerte y recio. Si algo había que destacara en su rostro, eran precisamente sus ojillos pequeños, inquisitivos y poderosamente observadores.

—Embajador, hemos comprobado todos los datos respecto a Igor Vasolev y es realmente lo que él dice ser.

—Un administrativo sin importancia que fue despedido del complejo atómico siberiano por inepto.

—Pese a ser un sujeto sin demasiada importancia, no sé si es moral jugar con su pellejo.

—Otros muchos se lo juegan diariamente por hombres como él, embajador. Además, se le protegerá, pero es indispensable que lo ignore todo. Por desgracia para nuestra nación, le daremos el asilo político que ha pedido y también la nacionalidad norteamericana.

El embajador, con gesto un tanto cansado, dijo:

—Si todos los fugitivos del mundo comunista que desean pasar a nuestra nación son de la incompetencia de Igor Vasolev...

—Estaría mal visto por el resto del mundo que sólo acogiéramos a los sabios, en especial los nucleares o del espacio. A veces, hay que aceptar a los simples chupatintas como ese Vasolev, quien, sin saberlo, va a prestar un gran servicio a otros hombres más importantes que él que huyen del telón de acero, del de bambú o de las repúblicas centroamericanas, hombres que desean cambiar de país. Hay que destruir por todos los medios a esa astuta organización internacional que se encarga de repatriar a los fugitivos, sean del país que fueren, por una cantidad respetable de

dinero. La víctima, sin poder impedirlo, aparece súbitamente en una calle, en ese momento, es apresado por las autoridades que lo han estado buscando y que al cruzar la frontera de su país no podían encarcelarlo. De nada sirven ya las protestas de la víctima ni las de la nación que le ha concedido asilo político, ya que al aparecer de nuevo en su patria, nada puede hacerse para rescatarlo.

—Una nueva forma de ganar dinero en el mundo del hampa. Antes sólo había sicarios, hombres que mataban por dinero. El nivel ha prosperado.

—Ese tipo de delincuentes internacionales, sin apego a bandera alguna, son muy peligrosos. Has que exterminarlos o el derecho de asilo político en el concierto mundial sólo será un sofisma, un mito.

—Bien, Harrison, no se hable más de ello. Dejo a Igor Vasolev en sus manos. Él me pidió asilo político y la verdad, esto me parece como si alguien me tendiera la mano pidiendo unas monedas para comer y yo le respondiera sonriendo pero con un estacazo en la cabeza.

—Tiene usted sentido del humor.

—¿Sentido del humor? La verdad, no me gustaría estar en el pellejo de Vasolev. Él es el cebo para atrapar a las fieras, aunque es casi imposible que escape a las dentelladas.

—No lo matarán, a lo sumo lo regresarán a la Unión Soviética.

—Y allí, si lo cazan, lo deportarán a Siberia.

—Después de todo, de allá vino; estará acostumbrado a su temperatura.

—Pero no es lo mismo trabajar en las minas de sal que en un despacho con calefacción, amigo Harrison. Él ha estado esperando años quizá para que le concedieran el pasaporte turista para visitar el mundo imperialista como ellos lo llaman. Tenía mucho interés en ver el Museo del Louvre, la tumba de Napoleón o Notre-Dame, pero también unas ansias locas de que en nuestra Embajada se le concediera el asilo político y marchar a Norteamérica. Allí, Dios sabe qué empleo cogería para subsistir. Hay muchos que no hacen caso de aquella frase que dice «más vale loco conocido que sabio por conocer» y aplíquelos a los países.

—Al escapar de su país, sabía a lo que se exponía.

—Bien. ¿Dónde lo retendrán con el pretexto de que se está estudiando su petición de asilo político en Estados Unidos y que

esperamos respuesta de Washington?

—Tengo una casa en Neuilly, cerca de los bosques de Bolonia.

—Se cuida usted bien, Harrison.

—La verdad es que yo no utilizo la casa, sino mi hija Xina. Es una chica muy independiente, sigue las nuevas tendencias.

—¿*Hippie*?

—No, eso no, aunque no niego que, a veces, tiene amigos mugrientos o amantes de las llores, como quiera llamarlos.

—¿Y va a exponer su vida en este peligroso asunto?

—No. Xina está ahora en Alemania. La última vez que me escribió decía que quería pintar al natural los termiteros del desierto australiano.

—Caramba, Harrison, su hija tiene ideas muy originales.

—Sí —aceptó Clu Harrison—, la juventud tiene tendencias extrañas, pero no se pueden poner trabas a sus deseos o se rebelan inmediatamente. Xina hace lo que le da la gana, es libre. Tiene veintidós años y yo no me meto con ella. Es el único modo para que vivamos en paz y queriéndonos.

—Antes decían que la distancia mataba el cariño. Por lo visto, ahora hasta eso ha cambiado y creo que tendré que poner en práctica su filosofía con mi familia.

—Pegaré al agente Stracy a Vasolev.

—Stracy no es un lince precisamente.

—Lo sé muy bien, embajador. Stracy no destaca en nada, salvo en que es un buen peleador consecuencia de ser boxeador en sus años jóvenes. No es alto pero sí pesa sus noventa kilos y a puñetazos puede mantener a raya a cualquier entrometido. Sin embargo, en perspicacia y astucia —suspiró— no es ningún lince, usted lo ha dicho, pero es el hombre idóneo para la misión.

—Una misión que me da miedo. Si no hubiera llegado la confirmación de Washington de que debe llevarse adelante, no le daría a usted la autorización para este peligroso embrollo.

—Un embrollo que todos esperamos se resuelva bien.

—Sí, la reputación de Estados Unidos ya se ha comprometido demasiado en los últimos años con el

U-2,

el barco espía capturado en Corea del Norte, etc., para que ahora me complique más la vida con las autoridades francesas, ya que si

hay problemas, la P. J., y la *Sûreté*, incluso la Interpol, pueden intervenir. Por supuesto, nuestro Gobierno tampoco quiere problemas con la Unión Soviética ahora que parece que la política de acercamiento entre ambas naciones es esperanzadora para un próximo futuro.

—No habrá problemas embajador. Quien de veras se juega la vida en esta misión, si cae o es atrapado, no causará ninguna clase de problemas internacionales, eso puedo garantizarlo.

—Lo que no puede garantizar es que no maten a Vasolev, ¿verdad?

—Yo mismo estoy expuesto a que me maten, embajador. Hay que aceptar la profesión tal como es.

—Bien, Harrison, no le retengo más —dijo el embalador, comprensivo y preocupado.

—O.K., embajador. Le mantendremos al corriente de cuánto suceda para que no le coja por sorpresa noticia alguna, pues lo que no podrá evitarse es que la sangre tiña las calles de París.

Ambos hombres se estrecharon la mano. Era una expresión de mutuo acuerdo aunque el embajador estaba intranquilo. Temía los problemas que sin duda se avecinarian, aunque el que peor iba a pasarlo era Igor Vasolev, quien sería la pelota en aquel juego letal. Lo que él mismo ignoraba en aquellos instantes era si acabaría cavando en las minas siberianas o plantando flores en California.

Clu Harrison observó su reloj. Faltaban breves minutos para la hora convenida. De un instante a otro llamaría Vasolev preguntando por su situación, ya que no se había atrevido a presentarse en la Embajada por temor a ser detenido por sus compatriotas que siempre, y de modo oculto, controlaban la Embajada norteamericana. Igor Vasolev había resultado un hombre precavido y suspicaz.

El teléfono del despacho de Clu Harrison sonó estridente. El hombre de la CIA descolgó el aparato.

—¿Diga?

—Soy Vasolev.

—Acabo de hablar con el embajador, señor Vasolev.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó el ruso impaciente.

—Todo va por buen camino.

Se escuchó un suspiro al otro lado del hilo. Posiblemente,

Vasolev estaría en una cabina pública.

—Creí que no llegaría nunca su confirmación del asilo político.

—Pero usted quiere convertirse en ciudadano norteamericano, ¿verdad?

—Por supuesto. Quiero residir en San Francisco, allí tengo un hermano, ya se lo conté.

—Sí, es cierto, pero todo eso requiere unas formalidades.

—¿De qué clase?

—No se preocupe por ellas, nosotros se lo tramitaremos todo.

—¿Puedo dirigirme ya a la Embajada sin peligro de ser atrapado por las autoridades de mi país?

—Aguarde en la esquina de la avenida de George V, confluencia con la rue François. Allí hay un hombre que vocea periódicos. Mi coche se detendrá unos instantes, usted tendrá tiempo de subir a él. Deje el resto en nuestras manos. Hasta ahora, señor Vasolev.

El ruso, ansioso de cambiar de nacionalidad para obtener una vida más libre, más democrática, no pudo añadir nada, ya que escuchó el chasquido del auricular al ser colgado.

Clu Harrison salió al jardín de la Embajada.

Junto al coche le aguardaba el agente Stracy, un exboxeador fornido y amante de su trabajo. No era ciertamente un hombre de aspecto sagaz, pero a la CIA le hacían falta sujetos de todos los tipos para llevar a cabo las misiones más diversas.

—¿Nos vamos, jefe?

—Sí, sube al coche. Yo conduciré.

—¿Algún trabajo especial?

—Sí, Stracy —asintió mientras se acomodaba en el auto.

—¿Peligroso?

—Es posible. Vas a proteger, a un ruso que pide asilo político y quiere nuestra nacionalidad.

—¿Lo he de escoltar hasta Estados Unidos? —preguntó ilusionado, pensando en realizar el viaje hasta su patria y tomarse unos días de permiso.

—No —fue la respuesta decepcionante de Harrison.

—¿Entonces?

—Os voy a dejar en una casa de mi propiedad. Permaneceréis en ella unos cuatro días hasta que se arreglen unos papeleos. Nadie debe verlos. Los rusos, probablemente, querrán regresar al fugitivo a

su patria y tú deberás impedirlo.

—¿Con esto? —Se tocó la axila donde guardaba su pistola.

—Si es preciso, sí, pero utilízala sólo en caso de defensa propia. Si no quedara justificada esa defensa propia, te juzgarían las leyes francesas y nada podríamos hacer. El embajador me ha advertido que no desea pleitos internacionales.

—Comprendo.

—Tendrás una contraseña.

—¿Cuál?

—La estatua de la Libertad está rodeada de tiburones.

—¿Y la respuesta?

—Los tiburones están mellados.

—Perfecto, no creo que esa contestación se le ocurra a nadie sin conocerla previamente.

Rodaron por el farragoso París, un París caluroso y húmedo.

Enfilaron por la avenida de George V y al llegar a la altura de la rue François, junto al voceador de periódicos, Clu Harrison detuvo el «Ford» modelo 70. Un hombre delgado, con gafas redondas pasadas de moda y cabeza cubierta con sombrero de fieltro pese al calor, cruzó la acera y se introdujo rápidamente en el coche que reanudó la marcha.

—¿Usted es Harrison? —preguntó con su marcado acento ruso.

—Sí, y el hombre que está junto a usted se llama Stracy. Él va a protegerle durante los cuatro o cinco días que se ocultará en mi casa de Neuilly.

—¿Cuatro o cinco días en su casa, por qué?

—Hay huelga de telecomunicaciones en Estados Unidos y los informes tardan un poco en llegar. Tenga en cuenta que intentan filtrarse muchos espías en Estados Unidos y nuestro Gobierno quiere asegurarse.

—Comprendo —asintió resignado.

—No obstante, a partir de ahora está ya bajo nuestra protección.

La casa de Harrison estaba rodeada por un jardín no muy grande, pero sí lo suficiente para que vivieran en él tres cedros y un sauce llorón en cuyo pie había una fuente con un pez surtidor que debería echar agua por su boca en forma casi insultante para quienes lo miraran.

—Cómo puede ver, la casa está acondicionada, no le falta de

nada.

—Está llena de cuadros —observó el ruso.

—Los pinta mi hija.

—Su hija es una excelente pintora —opinó Stracy.

Clu Harrison sonrió ante la opinión de Stracy que había hablado para quedar bien con su jefe, aunque éste se sentía orgulloso de Xina.

—Puede utilizar la habitación de arriba a la derecha. La otra no, porque es la de mi hija.

—¿Está aquí? —inquirió el ruso.

—No, en Alemania, quizá camino de Australia. Francamente no lo sé, pero no importa. Durante estos días no estará aquí y en la casa no entrará nadie salvo ustedes dos. No deben dar signos exteriores de su presencia en la casa.

Vasolev asintió con la cabeza mientras el agente de la CIA, con las llaves de la casa en la mano, se hacía cargo de la protección del ruso.

Las horas comenzaron a transcurrir lentas para el nervioso Vasolev. Por su parte Stracy, un sujeto más bien tranquilo, se puso a ver la televisión.

Se escuchó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse. El ruso brincó en su asiento. Stracy seguía absorto en la pequeña pantalla.

—¿No ha oído? Alguien ha entrado en la casa.

—¿Cómo?

Stracy se puso en pie rápidamente.

Con ademán suficiente, puso una mano delante del ruso como indicándole que no se moviera y que confiara en él. Luego, pasó a la escalera.

En el centro del vestíbulo, Stracy vio a una hermosa joven de cabellos rubios y gafas de gran montura. Una maleta descansaba en el suelo junto a sus piernas torneadas.

—¿Quién es usted? —preguntó ella en francés con su voz dulce y bien timbrada.

En su mal francés, Stracy replicó:

—Eso es lo que yo iba a preguntarle —quedó pensativo un breve instante y luego dijo—: La estatua de la Libertad está rodeada de tiburones.

Ella se lo quedó mirando. Parpadeó con sus grandes y hermosos

ojos verde esmeralda y espetó:

—Voy a llamar a los loqueros.

Anduvo decidida hacia el teléfono mientras en lo alto de la escalera, el agente Stracy la miraba entre perplejo e indeciso.

—¡No, a los loqueros no! —gritó de pronto, como dándose cuenta de que corría un grave peligro, y se precipitó escaleras abajo.

CAPÍTULO III

Erick Freeman, a bordo de una ambulancia con matrícula de París, rodaba lento por la solitaria rue Jacques Dulud, con fincas ajardinadas a ambos lados de la calzada.

No había transeúntes, y las farolas, con escasa profusión, daban una luz tenue que no alcanzaba a toda la calle, quedando lugares oscuros, siniestros.

Fumaba un cigarrillo con parsimonia, como si le ayudara a matar el tiempo que le sobraba. Sus ojos acerados escrutaban la calle a través del parabrisas. Nada anormal, coches aparcados junto a los bordillos, coches sin luz ni ruido, coches que posiblemente dormían como sus propietarios.

Sin hacer ruido, frenó suavemente aparcando junto al bordillo a unos quince pasos de la casa de Clu Harrison.

Los últimos metros los había adelantado sin luces, tratando de no llamar la atención, aunque sabía que la ambulancia, de por sí, la llamaba poderosamente. Sin embargo, habiendo utilizado escasamente las luces y en absoluto la sirena, nadie había reparado en el vehículo.

Se apeó y cerró suavemente, sin dar ningún portazo.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó con la puntera de su zapato. Se aproximó a la verja.

No había luz en la casa, al menos ésta no era visible desde el exterior. No obstante Erick, buen observador, había visto los postigos cerrados y a través de uno de ellos escapaba una apenas perceptible raja de luz.

Por si la puerta poseía sistema de alarma, optó por saltar la verja de altos y puntiagudos hierros forjados haría más de cien años a juzgar por el modelo, ya que aquella especie de palacete era antiguo.

Erick Freeman era alto, pero sus músculos prodigiosos, sus

movimientos felinos, le hicieron rebasar la verja casi sin rozarla, cayendo al otro lado de la misma sobre el césped húmedo, no por haber sido regado recientemente, sino por la constante humedad del ambiente, los fuertes relentes matinales que empapaban las hojas, haciéndolas brillar de modo especial y muy sugestivo.

Sus ochenta y cinco kilos, su metro noventa y dos de estatura, no fueron óbice para que cruzara el jardín sin hacer ruido, como podría hacerlo un fantasma de Canterbury o Notre-Dame.

Junto a los setos, rodeó la vivienda y subió por un canalón de desagüe que había en la pared posterior. Optó por penetrar en la casa utilizando una de sus ventanas, que a juzgar por lo seca que estaba y carente de moho, debía estar encarada al sur.

Tenía cristal y espesos cortinajes detrás.

Erick, medio sentado en el alféizar, suspendidos sus pies en el aire, extrajo de su bolsillo un instrumento especial semejante a un compás. En el centro, formando eje, una ventosa que adaptó al cristal. Luego, extendió el compás y rayó el cristal en círculo con el diminuto pero cortante diamante industrial que había en el otro extremo.

Un par de golpecitos y la redonda de cristal salió perfecta. Erick la extrajo depositándola en el alféizar sin hacer ruido alguno, regresando a su bolsillo el útil instrumento.

Su mano se introdujo por el agujero abierto y franqueó la ventana desde el interior. A caballo, salvó el alféizar. Se introdujo en la habitación, quedando aún tras las cortinas.

Empequeñeció sus ojos, preocupado, al escuchar una respiración cercana. No cabía duda, era de un ser humano.

Se mantuvo quieto unos segundos, treinta, quizá sesenta, hasta que se dijo a sí mismo que la respiración era de alguien que dormía suavemente.

Se deslizó tras la cortina. Cerca de la ventana descubrió una cama de factura ochocentista, con alto y completo dosel.

«Diablos», pensó en lugar de exclamar para no hacer ruido.

Sobre la gran almohada, desparramaba, una larga, rubia y sedosa cabellera. Un rostro femenino, bello como el de un ángel, dormía apacible. No podía ver el color de sus ojos porque los párpados se hallaban cerrados.

La mujer era tan joven como hermosa. El verano parisino era

caluroso y la chica cubría su bien redondeado cuerpo sólo con una sábana que se amoldaba sin que ella lo hubiera pretendido. Sus senos subían y bajaban al compás de la leve y rítmica respiración.

Las proporciones de cadera y cintura eran perfectas, y Erick se dijo que hubiera deseado conocer a aquella bella durmiente en otra ocasión.

No podía entretenerse más allí, y con suma cautela atravesó la habitación hasta la puerta en cuya cerradura vio puesta una llave.

La muchacha se había encerrado por dentro con el deseo de no ser molestada durante el sueño.

Dio vuelta a la llave, abrió la puerta y salió de la habitación cerrando tras de sí sin voltear la llave, ya que ésta quedaba por la parte interior y no había forma de girarla.

Anduvo por el corredor alto desde el que se dominaba el *hall*, vacío y sumido en la oscuridad.

Una puerta entreabierta llamó su atención y hacia ella encaminó sus pasos. En el interior de la misma había luz aunque escasa y se escuchaba un ruido. Al acercarse más, comprobó que eran ronquidos.

Penetró en la habitación. Una lámpara de pies se hallaba encendida y la televisión, frente a un sofá, sólo emitía luz y ruido, ya que la emisión nocturna había concluido y nada receptaba.

El agente de la CIA, Stracy, se había dormido viendo la televisión y era quien roncaba.

En la cama dormía el ruso Igor Vasolev. Nervioso, movía sus extremidades en contracciones incontroladas. Quizá estaba inmerso en una desagradable pesadilla.

De su bolsillo, Erick sacó una pequeña bolsa de plástico. Dentro de la misma, había una esponja empapada con cloroformo que extrajo tras romper uno de los cantos de la bolsa.

Acercándose por la espalda al recio Stracy, le hizo una presa de cuello.

Al sentirse atrapado, Stracy abrió los ojos repentinamente. Quiso volverse, más la presa de judo le había inmovilizado y la esponja con el cloroformo se aplastó contra su rostro. De nada sirvió su fuerza ni su pataleo.

Stracy pronto quedó más dormido que hacía unos segundos. Ahora dormía a prueba de ruidos e incluso de pinchazos o

puntapiés.

Con una tira de goma, Erick le dejó aplicada la esponja al rostro para que el sueño durara largo rato y por la cantidad de cloroformo que había en la esponja, el agente Stracy no corría peligro de fallecer.

El trabajo de Erick había sido tan rápido como perfecto y Vasolev seguía durmiendo sin enterarse del inmediato peligro que corría.

Erick pasó al lavabo cuya puerta daba a la misma habitación por ser individual.

Llenó un vaso de agua pacientemente, abriendo apenas el grifo para que no hiciera ruido. Luego, dejó caer dentro tres píldoras. Movié el vaso en círculo haciendo que las pastillas, de forma hexagonal y de color amarillento, se disolvieran. El agua tomó un tono amarillento, con algo de verde.

Regresó al dormitorio acercándose al lecho del ruso.

—Vamos, despierte —pidió con su extraño acento.

—¿Qué pasa? —inquirió incorporándose.

—Nada, sólo quiero que beba esto.

—¿Por qué, quién es usted?

—Vamos, Vasolev, beba y no sea tonto.

—No, no quiero beber. ¿Dónde está el agente Stracy? —Al incorporarse, descubrió al agente de la CIA, tendido en el sofá en postura grotesca y con la esponja aplicada al rostro.

Igor Vasolev palideció y no pudo por menos que pensar que la realidad estaba resultando más desagradable que la pesadilla.

El cañón de una «*Parabellum-38*» se hundió duramente en su estómago hasta cortarle la respiración.

—Beba esto y no me haga perder más tiempo.

—¿Y si no bebo?

—Lo envió con Catalina *la Grande*.

—Si está muerta —exclamó con su fuerte acento ruso y su mal inglés.

—Por eso se lo digo, Vasolev. Vamos, con Catalina *la Grande* o se bebe el vaso.

—¿No pretenderá envenenarme?

—Sólo quiero limpiarle los intestinos. Seguro que la gastronomía imperialista no prueba a su delicado estómago de sabio ruso.

—Yo no soy sabio —protestó Vasolev temblando.

—Beba y calle, vamos.

Una nueva presión con el arma hizo que Igor Vasolev se decidiera a pasar el agua que disolvía las tres extrañas pastillas del vaso a su estómago. Sin respirar, lo vació de un solo trago.

—¿Se da cuenta de cómo no se ha envenenado? —le dijo Erick apartándose, liberándole ya de la presión del cañón en el estómago.

—Sí, pero ¿y ahora qué?

—Vístase.

—¿Para qué?

—No haga preguntas o me obligará a emplear esto —le mostró la pistola—. La verdad, me molesta manchar el suelo de sangre.

Igor Vasolev saltó de la cama. Hablaba mal inglés, pero lo entendía perfectamente, en especial la palabra «sangre» y no quiso volver a escucharla, vistiéndose rápidamente.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó mientras se abrochaba los pantalones de forma apresurada y casi cómica.

—No sé, ya lo decidiré.

—¿Por qué me secuestra? ¿Trabaja para la NKWD?

—Trabajo para mí, mi patrón es el dinero. ¿Le basta esa explicación?

—Si yo no tengo dinero, claro que si espera a que trabaje en California, le enviaré algunas cantidades.

—No soy de la Mafia, amigo, y no me interesan sus pequeñas cuotas mensuales de consuelo. Usted es un filón de oro para mí y voy a explotarlo.

—¿Cómo?

—De eso ya se enterará. Vamos, aprisa; tengo el coche afuera esperando.

Ya vestido, Vasolev quiso dar un paso, pero las piernas se negaron a obedecerle. Se asustó.

—No puedo caminar, la mente se me nubla. Parece que me haya emborrachado.

—No es vodka, no se preocupe, son las pastillas. Va a dormir un rato. Sólo quería que no me causara problemas durante el trayecto.

Vasolev cayó sentado en el borde de la cama y luego se derrumbó hacia atrás con la sensación de que trataba de atravesar el cabo de Hornos a bordo de una frágil lancha neumática.

Erick Freeman se guardó la «*Parabellum*» automática en la cintura, sosteniéndola con el cinturón. Tomando a Vasolev con facilidad, se lo cargó sobre los hombros y abandonó la alcoba.

La única luz que ahora iluminaba el *hall* era la que escapaba de la habitación donde yacía Stracy. Erick bajó despacio la escalera para llegar al vestíbulo y abandonar la casa por la puerta grande, abriendo desde el interior, lo que era muy fácil.

Cuando llegó al pie de la escalera, se encendieron todas las luces. La brusca iluminación hirió las retinas del alto y rubio Erick Freeman, cargado con Vasolev sobre sus hombros.

—Quieto, no se mueva o lo convertimos en un colador.

Erick, hombre práctico, no se movió. Quería saber primero cuántos eran y cómo estaban armados sus enemigos.

Un tipo desconocido para él le apuntaba desde la puerta con una enorme «Luger». Junto a la escalera y muy cerca de él, otro sujeto. A éste sí le conocía, era el guardaespaldas de Anatol, el propietario de la *boîte* Cholo, que le encañonaba con una pistola «Astra» española.

Junto a los interruptores de la luz se hallaba el pequeño y cojeante Anatol y a su lado el obeso belga que semejaba un gigante comparado con el insignificante armenio. Aún había un quinto hombre de rostro magro, casi patibulario, un inglés alto y de cabello extrañamente blanco pese a que no tendría los cuarenta años.

Erick se preciaba de saber catalogar a los tipos y aquellos que le rodeaban eran peligrosos, hombres dispuestos a matar sin dar importancia al acto de privar de la vida a un semejante. Sin embargo, el más peligroso era aquel supuesto inglés de mirada fría y que no parecía llevar armas encima. Aquel hombre era un verdugo nato, no sólo no daba importancia a la muerte como los otros, sino que buscaba el morboso placer de matar.

—Vaya, conquie el tipo de los brillantes. —Anatol sonrió levemente despectivo.

Erick, sonriente, sin perder la sangre fría, respondió:

—Sí, yo también creo que nos hemos visto en alguna parte, pero no recuerdo que hayamos charlado con anterioridad.

Anatol se adelantó siempre seguido de cerca por el belga. Su pequeñez, su ineficacia, acentuada por la cojera, no quitaban

arrestos al hombrecillo, poderoso reyezuelo del hampa internacional.

—Usted destrozó mi *boîte*, me acusó de tramposo, provocó camorra y metió a la policía.

—Después de perder mi brillante no quería que le estuviera agradecido y me fuera besando el local, ¿verdad?

—De todo eso ya hablaremos en otro momento. Ahora nos dirá quién es el tipo que lleva sobre sus hombros como si se tratara de un borrego.

—Es un hermanito mío que se llama Jimmy. Está dormido, como podrán ver.

Anatol hizo un leve movimiento con los ojos y su guardaespaldas, que le tenía ganas a Erick por la paliza del local nocturno, acercándose por la espalda le propinó un furioso puñetazo en los riñones.

Erick se tambaleó y Vasolev cayó al suelo mientras Erick se recuperaba del traicionero golpe agarrándose a la baranda.

—Regístralo —ordenó Anatol.

Taseau, el belga, se inclinó sobre el caído y lo registró. Comprobó que carecía de armas al tiempo que Maurice aligeraba a Erick de su «*Parabellum*».

—Igor Vasolev, ciudadano soviético —leyó Taseau en el pasaporte.

—Conque el hermanito Jimmy, ¿eh? —Gruñó Anatol. Luego, se volvió hacia el patibulario anglosajón—. Peter y tú, Maurice, registrad arriba, rápido.

Erick, recuperado ya del traidor golpe, ironizó:

—Por lo visto me he equivocado de casa y he confundido a ese tipo que dicen es ruso por mi hermanito Jimmy. Seguro que me he de comprar gafas.

—No se haga el estúpido, usted es listo y se lo dice Anatol. Vamos, díganos quién es usted.

—¿Yo? ¿Y qué más da? No me ha salido bien el negocio, eso es todo.

Taseau, ya puesto en pie y tras una significativa mirada del armenio, registró a Erick sacándole su pasaporte, siempre controlado por el sujeto de la puerta que resultó italiano y se llamaba Paolo.

—Se llama Erick Freeman y tiene pasaporte brasileño.

—¿Falsificado? —inquirió cortante el armenio, sin quitarle la vista de encima.

El belga, un experto, con gesto ambiguo, repuso:

—No creo. Si fuera falsificado sería una auténtica obra de arte digna de figurar en el museo del hampa.

En lo alto de la escalera, una puerta se abrió bruscamente. Una voz femenina preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

Maurice y el patibulario Peter se colocaron rápidamente tras ella. El francés la apuntó con su pistola y el inglés le acercó una afilada navaja al cuello.

—¿Qué hacemos con ella, Anatol?

—¿Quién es? —preguntó el armenio mirando a Erick.

Freeman se encogió de hombros.

—La verdad, he entrado por la ventana de su habitación. La he visto acostada en la cama y la he dejado en paz; no venía a buscarla a ella.

—¿Quién eres? —preguntó directamente Anatol.

—Me llamo Xina Harrison —respondió sin apenas atreverse a tragar saliva ante el temor de que la afilada navaja cortara la sedosa piel de su garganta.

—¿Harrison? Hay un agente de la CIA en París que se llama Harrison. ¿Es algo suyo? —preguntó Anatol.

—Es mi padre.

—Si es la hija de un agente de la CIA, lo mejor será liquidarla. Ahora es ya una testigo en nuestra contra —dijo Peter sin apartar sus ojos de la asustada muchacha.

Maurice intervino explicando:

—En la habitación hay un tipo dormido con cloroformo. Debe de ser el guardián que la CIA ha puesto al ruso.

—Sí, lo he tenido que dormir un poco para que no molestara —aclaró Erick. Viendo el sádico deseo de Peter de matar a la chica, agregó—: En cuanto a dejar sangre en la casa, me parece una estupidez propia de novatos.

—¿Se cree más listo que nosotros? —preguntó Anatol desafiante aun cuando su cabeza apenas rebasaba cinco pulgadas la cintura de Erick.

—Pongamos las cartas boca arriba. Creo que todos veníamos a secuestrar a Vasolev y la sangre nos perjudicaría, intervendrían las autoridades francesas.

—¿Y si la raptamos no intervendrán las autoridades francesas? —preguntó Peter.

—No, si sabemos contentar al padre de la chica —replicó Erick.

—Todo eso lo discutiremos en otra parte. Ahora, hay que salir de aquí antes de que alguien nos sorprenda. La ambulancia que hay afuera la ha traído usted para llevarse a Vasolev, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y con qué lo ha dormido?

—Con tres pastillas de un fuerte barbitúrico. No se preocupen, no se muere; a mí no me interesa que eso suceda.

—Taseau, ponle unas anillas a Freeman, no se le vaya a ocurrir una treta e intente escapar. Tengo muchas cosas que charlar con él todavía. Tú, Maurice, carga con Vasolev y tú, Peter, cuida de que la chica no escape; nos la llevaremos también.

Erick no pudo evitar que le colocaran unas esposas, posiblemente robadas a la policía francesa con llaves inclusive.

—¡Déjenme vestir! —suplicó Xina.

—No hay tiempo para eso —replicó Anatol.

Peter agregó:

—Para morir, lo mismo da que vayas en pijama o con bikini, preciosa.

Xina Harrison tuvo que seguir a Erick en pijama, compuesto de pantalón y chaqueta de seda rosa.

CAPÍTULO IV

Aquella mazmorra medieval, húmeda y fría, resultaba en extremo desagradable. Debía estar enclavada cerca del río Sena a juzgar por la humedad que se filtraba por las pútridas y mohosas paredes.

Desde las ratas que escapaban o asomaban por los agujeros que había entre las piedras graníticas hasta las miasmas, todo resultaba repugnante allí.

La llama de una vela de sebo, colocada en el gollete de una botella de vino de Burdeos, etiqueta ya mugrosa y sucia a causa de los chorreados de cera que medio la ocultaban, iluminaba aquella mazmorra posiblemente utilizada por algún aristócrata siglos atrás.

París había cambiado mucho con los tiempos y sobre los cimientos de palacetes derruidos habían levantado nuevas edificaciones. Eran pocos los que conocían aquellos reductos y se decía que en muchos de ellos había tesoros escondidos posiblemente por los aristócratas fugitivos en tiempos de Robespierre. Una vez estos decapitados, nadie había podido ya revelar la ubicación de los supuestos tesoros ocultos.

Por lo visto, Anatol no había hallado un tesoro, pero sí unas mazmorras subterráneas que estaba aprovechando para su beneficio y en perjuicio de sus víctimas.

La llama de la vela no era vacilante, pues si allí faltaba algo era aire.

Vasolev seguía durmiendo sobre el catre de tablones duros y húmedos que pendía de dos cadenas. Xina se hallaba sentada sobre una piedra, en un rincón cerca de la vela, y Erick Freeman permanecía en pie con las manos esposadas a la espalda y sujeto a una argolla que formaba parte de uno de aquellos bloques graníticos. La situación no era grata precisamente.

—¿Qué harán ahora con nosotros?

Erick miró a Xina. Suspiró levemente y respondió:

—Tendremos que esperar a que lo decidan, pero no creo que nos asesinen por ahora.

—¿Por ahora?

—Mientras hay vida hay esperanza, es mi lema.

—Sí, un lema que supongo no habrá servido de mucho a quienes ocuparan esta celda con anterioridad.

—Lo cierto es que me disgusta que la hayan metido en este lío.

—Pero ¿quiénes son ellos, quién es usted?

—Mejor pregunte ¿quién es él? —señaló a Vasolev con la cabeza.

—Un extranjero que un agente de mi padre escoltaba para que nada le sucediera.

—Es un sabio ruso que puede valer mucho dinero si se sabe comerciar adecuadamente.

—¿Un sabio ruso? Ahora comprendo. Ellos son unos delincuentes internacionales que pretenden venderlo o pedir un rescate.

—Bueno, aún no sé qué es lo que quieren.

—Pero ¿y usted? ¿No había estado en la casa antes? No es de ellos, ¿verdad?

—Yo trabajo en solitario. A la hora de repartir resulta más beneficioso.

—O sea, que es un asesino también.

—Tanto como eso... Yo trataba de llevarme a Vasolev, limpiamente y fui sorprendido por ellos. Ésa es mi breve y triste historia.

—Pero usted merece estar aquí, yo no.

—Por supuesto que no, Xina y por favor, tutéame. No estamos en situación de poder emplear tratamientos.

—¿Qué harán conmigo?

—Si yo fuera ellos, pediría un rescate a tu padre.

—¡Eres despreciable! —exclamó resentida.

—Me llamo Erick y si estamos prisioneros en la misma celda será mejor que seamos amigos porque tenemos algo muy importante en común.

—Entre tú y yo no hay nada en común, miserable.

—Yo opino que sí.

—Permíteme que lo dude, extorsionador y secuestrador como ellos. No eres mejor que esos asesinos que nos han traído aquí.

—En común tenemos el deseo de escapar, Xina, eso es lo más importante. Ayudándonos mutuamente quizá lo consigamos. ¿Acaso no tienes deseos de escapar de esta desagradable situación?

Ella permaneció pensativa unos instantes.

Miró fijamente a Erick y su intuición femenina, su sensibilidad, le hizo observar que el hombre era viril, arrogante, alto y atractivo, de agresivo mentón que el hoyuelo podía hacer simpático.

Captando la intensa mirada de Xina, el hombre preguntó:

—¿Qué ves en mí?

—Un rostro interesante.

—¿Lo he de considerar un halago? No me voy a ruborizar si dices que sí.

—Lo he dicho como profesional. Soy pintora.

—¿Y crees que mi rostro sería digno de ser pintado por ti?

—Sí.

—¿Cómo titularías la obra?

—El miserable o quizá el cínico.

Erick carraspeó.

—Aún no has respondido si nos asociamos para escapar de aquí.

—Está bien, pero sólo para salir de aquí. Cuando estemos fuera no puedo asegurarte que no te denuncie a la policía.

—Caramba, de una chica como tú esperaría yo otra clase de agradecimiento.

—Olvídate, Erick. No me gusta estar aquí, pero no soy una niña a la que puedas enajenar con tus aciertos verbales.

—Está visto que si yo fuera cantante tú no serías mí «fan».

Ella rió despectiva, hiriente.

—Por supuesto que no, tendría más gusto que todo eso. Ahora, hablemos de nuestra asociación.

—Como en las películas. Podríamos llamarla Asociación Fuga.

—No está la situación para bromas. Quiero salir antes de que me degüelle ese verdugo al que llaman Peter. Además, no me hace ninguna gracia estar dentro de una mazmorra y en pijama.

—Lo primero que hay que hacer es liberarme de esta argolla o de las esposas.

—Si tú no puedes escapar, con la escasa fuerza que yo tengo no

pretenderás que te libre, ¿verdad?

—Podemos aplicar la llama de la vela a la cadenita de acero que une las esposas y pasa por la argolla unida a la pared. Cuando esté el máximo de caliente, yo tiraré a ver si hay suerte y la rompo.

—Tratándose de una cadenita tan corta, se calentará el metal y te quemarás.

—Qué le vamos a hacer.

—¿Vas a jugar a héroes?

—No, simplemente a escapar de aquí si nos lo permiten, claro.

—Cuando te hayas soltado de la pared, ¿qué harás para derribar la puerta de hierro?

—Esperaremos a que la abran y entonces...

En aquellos instantes, el cerrojo de la puerta fue descorrido desde el exterior y la puerta se abrió, pero Erick seguía sujeto a la pared y no podía ejecutar su plan.

Una espléndida morena, que rivalizaba en belleza con Xina, apareció en el umbral de la celda. Junto a ella, Paolo, con una linterna, enfocó de lleno el rostro de Freeman cegándolo por unos momentos.

—¡Es él! —exclamó la morena de súbito furiosa.

Ante los ojos asombrados de Xina, Monique cruzó la mazmorra en tres zancadas y abalanzándose contra Erick comenzó a abofetearle con dureza.

—¡Cochino, miserable, cínico!

—Lo vas a matar antes de que llegue el jefe y me la voy a cargar yo —advirtió Paolo con su marcado acento italiano.

Monique dejó de pegarle, pero poniéndose de puntillas agarró los cabellos del hombre mientras seguía insultándolo.

—¡Granuja! Conque un diamante, ¿eh? Una piedra de bisutería barata que apenas vale unos francos.

Erick, sonriendo pese al estirón de pelo, replicó:

—Pero tú y Anatol dijisteis que el diamante era bueno, por eso me pagasteis los mil dólares.

—Ése sí es bueno, granuja, a ellos no los engañaste porque no podías, pero a mí, que confiada me puse en tus manos, que te saciaste lo que te dio al gana hasta el amanecer, incluyendo el número «boom», me diste a cambio una piedra falsa... He encontrado a tipos cínicos pero tú eres el peor de todos. Voy a

pedirle a Anatol que me permita rebanarte el pescuezo, es un placer que no quiero dejar para otro, o quizá sería mejor que te castrara.

—Quieta, Monique, ya está bien de demostrar tu genio latino.

La mujer se volvió. En la puerta se hallaba Anatol. Junto a él, Maurice, y detrás Taseau. Peter y Paolo.

—¡Quiero matarlo y dar de comer a las ratas!

—Está bien, Monique, pero para eso hay tiempo. Ahora quiero reanudar con este sujeto una charla interrumpida.

—Está bien. —Monique lo soltó. Reparó entonces en Xina y la hermosura de la rubia la molestó—. Y ésa, ¿quién es?

—Una chica más educada que tú, Monique. Siempre hay diferencias de clases —dijo Erick con deseos de herirla.

Monique frunció el ceño y apretó los labios mientras clavaba las uñas en las palmas de sus manos. Miró a Xina desafiante.

Anatol se adentró en la mazmorra. Observó a Xina, luego a Igor Vasolev que continuaba durmiendo y por último clavó sus inquisitivos ojillos en Erick Freeman.

El armenio sabía que Freeman era su enemigo, y no dudaba de que, éste era tan astuto como sagaz. Sin embargo, Anatol había comenzado a odiarle más por su estética, su constitución fuerte y viril que atraía a las mujeres haciendo que se pelearan por él.

—¿Cuándo despertará Vasolev?

—Cuando se le pase el efecto del somnífero.

—¿Cuándo ocurrirá eso?

—Dentro de una o dos horas como máximo. Ha dormido mucho ya.

—Bien. Supongo, Freeman que se habrá dado cuenta de que está en nuestro poder.

Sonrió replicando:

—Es obvio.

—Bien, por ese camino nos entenderemos mejor. Cada cual debe conocer su postura con exactitud, así no habrá necesidad de emplear métodos desagradables aunque mis muchachos están ansiosos de ello. Les cae usted mal, Freeman. ¿Lo sabía?

—Ellos tampoco me caen simpáticos a mí. Todos juntos no suman unos gramos de su cerebro, Anatol, por eso los manda usted como a borregos.

Maurice y Peter dieron un paso adelante con evidente intención

de castigar a Freeman, más Anatol los contuvo.

—No seáis estúpidos o le daréis la razón. ¿No os dais cuenta de que os está provocando?

—¿Con qué objeto habría de provocarlos? —inquirió el propio Erick—. Sólo ganaría unos puñetazos, ya que ellos pueden dármelos estando yo sujeto.

—Ignoro lo que se propone, Freeman, pero ya me lo dirá todo.

—¿Está seguro?

—Sí. Comenzaremos por preguntar...

—¿Por qué secuestraba a Vasolev?

—Exacto. Es usted perspicaz, hacen falta pocas palabras para entendernos.

—Y usted, ¿por qué quiere secuestrarlo?

—No invierta el interrogatorio, conmigo no le va a servir.

—Vamos, vamos, Anatol, en este negocio hay dinero para todos. Podemos repartir como buenos hermanos.

Anatol rió ligeramente.

—No me estará proponiendo un trato, ¿verdad?

—Bueno, yo estoy en sus manos. Usted puede matarme y yo pierdo la vida y el dinero, en cambio, si soy consecuente y reparto los beneficios, puedo salvar la vida y alguna parte del dinero. Soy comedido y a veces, puedo contener mi ambición.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

—Por cuenta de nadie, soy un solitario.

—Pero alguien iba a pagar por la persona de Vasolev, ¿no?

—Si lo entrego sano y salvo me darán quinientos mil dólares en billetes pequeños y sin numerar.

Anatol parpadeó. Todos quedaron tensos mirándole fijamente.

—¿Quinientos mil dólares? —repitió Monique.

Hasta la propia Xina le observó sorprendida.

—Sí, eso he dicho. ¿Sucedre algo?

Maurice exclamó incontinentemente:

—A nosotros sólo nos ofrecen ciento cincuenta mil.

—Calla, estúpido, no abras la boca hasta que te lo digan —ordenó Anatol molesto.

—Vaya, ya vamos conociendo nuestros propios contratos. Ciento cincuenta mil les ofrecen a ustedes, en cambio a mi medio millón. No resulta usted un buen comerciante, Anatol. Vasolev vale ese

medio millón, no menos.

—¿Quién le ofrece ese dinero?

—¿Quién le ofrece a usted los ciento cincuenta mil?

—He dicho que quien hace preguntas soy yo —gruñó el pequeño armenio.

Acercándose a Erick, pegó con su puño en la cara. En el rostro del alto y rubio prisionero apareció una herida, ya que el puño del armenio estaba armado con un anillo que engarzaba un brillante de aristas cortantes.

—Por ese camino no vamos a entendernos, Anatol —advirtió Erick.

—Empiece a hablar. Su negocio está perdido y si desembucha, ganará la vida que ya es mucho.

—Sí, pero usted perdería mucho dinero, Anatol.

—Maurice, empieza con él pero no lo mates todavía.

El guardaespaldas sonrió, mostrando sus dientes agresivo.

—Con mucho gusto, Anatol. Se la tengo jurada a este tipo.

Aquélla no era una noche afortunada para Erick Freeman.

La primera en volver la cabeza para no ver el brutal castigo que estaba recibiendo Freeman fue Xina. El hombre no lanzó quejido alguno, aguantando el cruel y sádico castigo.

Pese a los deseos que tenía de verlo sufrir, Monique también se giró. Interiormente se sintió herida, ya que el hombre le gustaba y mucho.

—Basta, Maurice, o luego no podrá hablar.

A Erick se le habían doblado las rodillas y colgaba de la pared con las manos a la espalda mientras su cabeza se hallaba inclinada con el mentón hundido en el tórax.

—Son ustedes crueles y sádicos —acusó Xina—. Él no podía defenderse.

Anatol la miró replicando:

—Cállate o vas a pagar tú también. Estoy seguro de que cualquiera de éstos te llevaría con agrado a la mazmorra contigo para disfrutar contigo.

Xina se estremeció y tragó saliva dificultosamente. La situación, y el estar solo vestida con el ligero pijama, le infundían una gran sensación de desamparo. Ansió con más fuerza que antes unirse a Erik para escapar de allí.

—¿Y por qué no dejas que se la lleven? —preguntó Monique, instintivamente deseosa de desembarazarse de su rival en belleza.

—Hay tiempo para todo, Monique. Ahora cierra la boca y no molestes.

La francesa dio un respingo. Estaba casi segura de que Anatol se desharía de Erick, sin embargo no le gustaba tener a Xina por oponente.

Erick movió su cabeza de un lado a otro, recuperándose. Pese a los golpes, movió la boca y trató de sonreír mirando a Anatol.

—Así, no conseguirá nada. Mejor será que nos asociemos.

—En sus circunstancias no está para negociar ni hacer propuestas —advirtió el armenio.

—Yo creo que sí —objetó Erick—. Ya sé que mi situación es difícil y he de rebajar mis aspiraciones, me conformaría con doscientos y trescientos para usted.

Anatol lo miró con fijeza. Era astuto, perspicaz y observador y se estaba dando cuenta de que no iba a ser fácil doblegar a Erick y que si lo mataba no le proporcionaría ya ningún beneficio.

—Cien para usted y el resto para mí.

—Es ambicioso, ¿eh?

—Soy el dueño de la situación, no lo olvide.

—No, pero opino que ciento cincuenta sería más justo.

Anatol respiró hondo, como si le costara un gran esfuerzo decidirse. Al fin dijo:

—Aceptado, hable.

—Vamos, Anatol, no me tomará por un ingenuo, ¿verdad?

—Maurice, suéltalo —encarándose nuevamente con Erick amenazó—: Si trata de huir, lo mato.

—¿Huir, por qué y para qué? No me interesa huir, después de todo usted tiene a Vasolev y él es el botín.

Maurice le liberó las manos al tiempo que Erick puntualizaba:

—La chica es para mí.

—¿Cómo?

Tras la exclamación de Anatol, Monique se apresuró a argüir:

—¿Vas a permitir que haga lo que quiera?

—Cierra la boca, Monique o la próxima vez te la cerraré yo —se enfrentó con Erick que se frotaba las manos y también el golpeado rostro y añadió—: La chica es un rehén. Su padre es un hombre de

la CIA.

—Ya lo sé, y si la CIA se les echa encima a usted y a su pandilla, no van a poder contarle. La CIA tiene fuerza, hombres, dinero. La chica se puede venir conmigo. Si ella telefona a su padre diciéndole que está con un amigo, él pensará que es una situación de amor en la que no puede intervenir porque ella es mayorcita y dueña de su corazón.

—Eso no va a ser así, Erick. El agente de la CIA comunicará el rapto a Harrison y éste asociará la desaparición de su hija con el secuestro de Vasolev.

—No, si su hija lo desmiente. ¿Verdad, Xina?

Xina se quedó mirando a Erick y se apresuró a responder:

—Mientras no me maten, no diré nada.

—No me gusta arriesgarme. Primero hablemos del plan a seguir y luego decidiré.

—La chica se viene conmigo o no hay trato —insistió Erick ahora serio—. Alguno de sus hombres no me gustan y sí me gusta mucho la chica.

—Le atraen las faldas, ¿eh? —preguntó Anatol sonriendo con suficiencia, creyendo descubrir un punto débil en Freeman.

—Bueno, tengo sangre fuerte y joven.

—Quédese entonces con Monique, ella le complacerá cuanto quiera.

Monique se le acercó casi, colgándose de su brazo.

—Ya sabes cómo nos podemos divertir tú y yo, querido. Cumpliré fielmente la orden de Anatol.

—Ya lo sé, Monique y eres muy bonita, pero soy versátil y cambio de gustos con frecuencia. Ahora no quiero a una profesional, sino una chica como Xina.

Xina se estremeció sabiéndose centro de todas las miradas y escuchar lo que se estaba hablando sobre ella.

Erick apartó a Monique suave pero firme.

—Me quedó solo con ciento cincuenta mil dólares del negocio y la chica, ése es el trato. Soy el primero en desear que el negocio no se estropee. Cuidaré todos los detalles. Hemos de sacar a Vasolev de Francia y no será ningún hombre de la CIA quien nos detenga.

—Y cuando acabemos el negocio, ¿qué piensas hacer con la chica? Puede denunciarnos.

—No si se queda en Oriente Medio. Allí es fácil deshacerse de una mujer que estorba sin verse obligado a matarla. Hay muchos jefecillos nómadas que dan buen oro por una mujer blanca.

Xina, furiosa, se precipitó sobre Erick Freeman con los puños en alto, golpeándole en el pecho sin que nadie interviniera.

—¡Canalla, rufián!

Erick soportó el castigo sonriendo. Decididamente, aquella noche le llovían goles de todas partes.

Erick la cogió por un brazo y uno de sus muslos y pese al pataleo femenino se la cargó sobre la espalda.

—Ahora, quiero un apartamento que posea una buena cama y baño. Necesito ambas cosas y dentro de ocho horas hablaremos. Ah, y una botella de *whisky* —miró el rostro colérico de Xina que colgaba junto al suyo y preguntó—: ¿Tú qué prefieres tomar, champaña?

Anatol se le interpuso advirtiéndolo:

—Antes ha de decirme quién es el comprador de Vasolev.

—Está bien, pero los demás detalles no pienso revelarlos hasta el final. Sería cavar mi tumba si contara lo suficiente para que usted pudiera hacer el negocio solo.

—De acuerdo, dentro de ocho horas hablaremos de los detalles, pero ¿el comprador?

—El Gobierno de un pequeño pero fuerte país, una nación con dinero, inteligencia y un buen ejército que en los últimos tiempos ha probado que es muy efectiva operando en guerra.

—Comprendo de qué país se trata, pero ¿para qué quieren a Vasolev?

—¿No lo supone? Vasolev es un tipo que estaba en los ficheros del centro atómico ruso y como ese país no consigue que Estados Unidos le ayude en sus proyectos nucleares y por supuesto, la Unión Soviética tampoco, quiere adelantar su proyecto nuclear por cuenta propia. Después de todo, no hace más que seguir el camino de sus antecesores. Estados Unidos y Rusia se llevaron a casa científicos alemanes y China hizo lo propio con científicos rusos. Importación de cerebros, unas veces por la fuerza y otras también.

—¿De modo que Vasolev es un sabio atómico ruso? —preguntó Anatol.

—Tanto como sabio no, pero el país que compra a Vasolev tiene

científicos preparados que necesitan los datos que Vasolev puede proporcionarles por haber estado en los archivos. En fin, es cuenta suya exprimirle el cerebro como a un limón. Mi negocio radica en entregarlo, a cambio recibiré mi dinero, eso es todo. Si el asunto fracasa, su bandera no aparecería por ninguna parte en este negocio, ya que ningún miembro de su Gobierno interviene en el secuestro.

—Comprendo. En estos asuntos internacionales, todos se lavan las manos.

—Por eso pagan bien. Ahora ¿qué hay de mi apartamento?

—Paolo, llévalos al apartamento de Monique.

—¡No! —gritó la aludida—. ¡Es mío y no quiero que ese tipo se meta con ella en mi cama y en mi baño!

Anatol la abofeteó por dos veces dejándola seca, cortada y llena de odio.

—Ya estoy harto de repetir que te calles. No vuelvas a insistir o tendré que emplear otros métodos contigo. No olvides que sólo eres una mujerzuela, bien vestida por mí.

Paolo hizo un movimiento de cabeza a Erick y éste lo siguió con su delicada carga sobre los hombros.

Erick pensó que tendría que salir a la calle, más no sucedió así.

Se introdujeron por un túnel subterráneo que debía pasar por debajo del alcantarillado a juzgar por la humedad del techo. Al final del mismo, sin hacer caso de las ratas que chillaban a su paso, asustadas por la luz de la potente linterna que portaba el italiano, llegaron a una escalera de caracol.

Subieron por ella llegando a un lóbrego cuarto. Tras atravesar una puerta, quedaron en la escalera que Erick ya conocía.

Ascendieron por ella hasta llegar al apartamento, bien amueblado y confortable.

Paolo encendió la luz tras abrir la puerta.

—Cuando quieran algo, llamen por el teléfono. Es un supletorio. Sólo que muevan la palanca serán escuchados.

—Pero ¿está apto para llamar al exterior si nos interesa?

—Sí —asintió Paolo.

Freeman avanzó por el apartamento. Acercándose a la mullida cama, descargó a Xina sobre ella casi con alegría.

Después se volvió hacia Paolo.

—¿Qué haces que no te largas todavía? Quiero estar solo.

El italiano sonrió.

—Comprendo. En su lugar, yo también querría estar solo.

Paolo cerró la puerta y pasó la llave.

Erick Freeman se volvió hacia Xina que seguía tendida en la cama mirándole seria, resentida.

—Y ahora, ¿qué nueva canallada te propones hacer?

Él sonrió y preguntó después:

—¿No te lo imaginas?

CAPÍTULO V

—¿Vas a emplear tu fuerza para abusar de mí?

La pregunta sonó seca como un latigazo en aquella alcoba preparada para el amor por la experta Monique.

Erick se despojó de la camisa y la camiseta, quedando con los pantalones. Mostró su torso desnudo en el que aparecían algunos cardenales causados por la paliza recibida.

—No. Cuando te ponga las manos encima será porque tú me lo pidas.

—Eso no sucederá jamás —replicó con odio en su aliento.

—Todo es posible, en esta vida jamás se puede asegurar nada concreto. Los humanos somos versátiles y las circunstancias nos hacen cambiar.

Pasó al cuarto de baño sin preocuparse de cerrar la puerta y allí refrescó su rostro y torso, regresando después al dormitorio.

Xina se había salido de la cama sentándose en una butaca individual.

Erick sacó dos vasos que medió de *whisky* y tendió uno de ellos a la muchacha. Ésta denegó con la cabeza.

—Bien, aquí te lo dejo. Bebe cuando quieras.

Mientras el hombre bebía su licor, ella preguntó:

—¿Vamos a permanecer ocho horas encerrados aquí los dos?

—¿Te da miedo?

—No menos que las ratas.

—Mal concepto tienes de mí —repuso filosófico. Se acercó a ella y le tomó la barbilla levantándole el rostro—. La verdad es que eres muy bonita y me gustas.

Ella apartó el rostro bruscamente.

—Vete con las mujeres como Monique; yo soy distinta.

Erick cogió el teléfono y se lo acercó a la muchacha que lo observó interrogante.

—Vas a llamar a tu papá.

—¿Pretendes extorsionarlo ofreciéndole mi libertad?

—Nada de eso. Tú no vas a ser libre por ahora.

—¿Por qué? Quiero marcharme.

—No seas niña, Xina. Si tratas de salir por esa puerta, agujerearán tu sedosa piel. ¿Piensas que esto es un juego?

—En Francia, el asesinato se castiga con la guillotina.

—Por ahora temo más a los balazos de la banda de Anatol que a *madame Guillotine*.

—Si no vas a dejarme libre, ¿qué le digo a mi papá?

—Que estás bien, que nada te sucede.

—Lo cual no es cierto.

—¿Te he puesto las manos encima?

Ella negó con la cabeza y con la boca.

—Todavía no.

—¿He tratado de herirte?

—No.

—Si no te hubiera traído aquí, ¿dónde estarías?

—No sé, en la mazmorra.

—Exacto. Somos socios para escapar de Anatol, pero hay que hacerlo con mucho cuidado. La verdad es que te estoy protegiendo y exponiendo mi pellejo. Esos tipos no perdonan y cuando salgamos de aquí, me preguntarán si eras virgen o no.

Xina tragó saliva.

—No puedo resistir esto, es superior a mis fuerzas. Y con este pijama...

—Eso lo arreglaremos cuando salgamos de aquí, ahora no puede ser. Se supone que ambos estamos pasando una noche feliz, por lo menos yo. Hazme caso y saldrás con bien de todo el lío, pero si prefieres confiarte a Anatol y sus hombres, sal y llama a la puerta porque nos han encerrado y vete con ellos. Yo no te lo impediré.

Ella aspiró con fuerza, faltaba aire en sus pulmones. Al fin, viendo que el hombre no hacía ademán de acercársele, dijo:

—Está bien, acepto que me estás ayudando.

—Luego, somos socios en la fuga.

—¿Y por qué he de creer que vas a salvarme sin tratar de beneficiarte de alguna forma?

—Tendrás que creerlo basándote tan sólo en mi palabra,

preciosa. Que tu intuición femenina te guíe, yo no puedo decirte más.

Se acercó al teléfono y lo tomó con la mano.

—Está bien, llamaré a mi padre, pero con la condición de que no le pidas nada.

—Aceptado. Dile que no se inquiete por ti, que has salido de viaje con un amigo alto y rubio llamado Erick.

—¿Y si no acepta las explicaciones?

—Tú sabrás convencerlo. En caso contrario, podemos morir los dos. Ten presente que por el otro teléfono que está en la *boîte* oirán tu conversación. No puedes cometer ningún resbalón, sería nefasto. A tu papá puedes decirle que nada sabes del rapto, que viste a dos hombres en la casa y en vez de quedarte a dormir te marchaste.

—La verdad es que el agente de la CIA y yo tratamos de llamarle sin resultado, no estaba en la Embajada. Se tragará el cuento, además puedo añadir que voy camino de Australia.

—Perfecto, si se lo cree nos irá muy bien, así nos dejarán tranquilos. Es la única forma de sacarte de este lío, aunque luego no me lo agradezcas.

Xina, más tranquilizada, llamó por teléfono. La voz de Clu Harrison sonó algo nerviosa al otro lado del hilo.

—¿Diga?

—Papá, soy Xina.

—Hija, ¿dónde estás? Stracy me ha contado que estabas en la casa.

—Sí, al llegar me he encontrado con dos tipos. Uno parecía ruso.

—Sí, sí, ya lo sé. Tenía que hospedarlos allí por unos días.

—Como no me habías advertido y creyendo que era mejor marcharme, esperé a que se durmieran y me fui.

—¿Cómo, no te ha sucedido nada?

—¿Nada? ¿A qué te refieres, papá?

—No hija, nada —respiró tranquilo.

—Verás, papá, he pasado por París camino de Australia. Me marchó con un amigo alto y rubio llamado Erick, parece un tipo muy duro, pero me gusta.

—Pues que vaya bien por Australia, hija. Escríbeme en cuanto llegues, deseo tener noticias tuyas. La verdad es que me has aliviado.

—¿De qué papá?

—Nada, querida, cuídate. Ah, si ese amigo tuyo no es de confianza y tratas de presentármelo como yerno, que tenga cuidado conmigo. Tengo muy mal genio, ya lo sabes.

—Sí, papá, terminarás por ser un suegro temible.

—Adiós, hija, besos.

Cuando hubo ahorquillado el aparato, miró fijamente a Erick. Éste dijo:

—Lo has hecho perfecto, Xina. Ahora no habrá problemas con él ni con Anatol.

—¿Cómo piensas que podemos fugarnos?

—No será ahora, hay que seguirles la corriente quizá durante unos días. Ya llegará el momento de escapar.

—Podemos salir a la calle y pedir protección a la policía.

—¿Estás loca? Ni pensarlo. Te liberaré, pero mi parte de Vasolev no voy a perderla.

Ella hizo un gesto como si hubiera sufrido una decepción.

—Claro, me estaba olvidando de quién eres en realidad.

—¿Y quién soy yo?

—Un cínico aventurero capaz de jugar con la vida del prójimo con tal de sacar dinero.

—La verdad es que si soy como tú dices no llevo muy bien el asunto, porque sólo hago que recibir. Primero Monique, luego el gorila de Maurice y finalmente tú. Sólo tienes que ver mi cuerpo.

—Tu cuerpo es perfecto —opinó ella tomando su vaso de *whisky* con intención de beber como si hubiera tranquilizado su espíritu.

—Si lo dice una profesional del arte, debe ser cierto.

—¿Vanidoso?

—¿Por qué no? Los hombres somos todos un poco vanidosos. Dile a cualquiera que es guapo, que es muy hombre, que es alto o apuesto, que le cae bien un traje o que es bonita su corbata y verás qué cara de satisfacción pone.

—Y tú no ibas a ser menos, claro —sonrió ella.

—La verdad es que estoy cansado y durante unas horas no van a molestarnos, de modo que vamos a repartir la habitación.

—La cama es ancha —observó ella.

—Sí, muy ancha. Duermen bien dos personas.

—¿Lo sabes por experiencia?

—Sí.

—Bueno, no soy ninguna niña y si me das tu palabra de portarte como un caballero, podemos descansar los dos, separados un par de palmos, por supuesto. Será la mejor forma de recuperarnos.

—Me parece bien la idea y me comprometo a portarme como tú pides.

Ella se levantó de la butaca. Dio el último sorbo al vaso de *whisky* y se acercó lentamente a la cama. Con cierta sinuosidad, se sentó primero y estiró después en uno de sus extremos.

Erick se quitó únicamente los zapatos, tendiéndose también.

—Creo que nos hemos olvidado de apagar la luz —observó el hombre.

—¿Te levantas tú?

—Sí.

Erick apagó la luz y regresó al lecho.

A escasas pulgadas de él estaba la hermosa Xina, pero no podía alargar su mano, lo había prometido.

De pronto sintió que una mano suave tanteaba el aire primero y luego su rostro. La voz femenina brotó suplicante de su garganta.

—Erick, no dejes que me ocurra nada. Le tengo miedo a la muerte.

Él la comprendió y se dispuso a borrar el temor de aquella hermosa cabecita cubierta con cabellos rubios y largos.

La *boîte* Cholo estaba vacía de público.

Los camareros habían desfilado y las chicas actantes o animadoras de clientes se habían marchado también, solas o acompañadas.

Las sillas se hallaban patas arriba sobre las mesas, una de las cuales estaba ocupada por dos hombres.

Maurice, inseparable de Anatol, fumaba frente a un vaso de *whisky*. Por su parte, el armenio parecía pensativo. Monique se les acercó; su rostro expresaba mal humor.

—Baila —ordenó Anatol.

—¿Ahora?

La exclamación era justificada por parte de la mujer.

—Eso he dicho. Conecta la grabadora y baila, tú me inspiras.

—Pues si te inspiro que dejes a Erick con la chica y que planeen

juntos su fuga, no creo que te convenga.

—No he pedido que hables, sólo que bailes. Vamos.

Monique, a regañadientes, fue al lugar que ocupaba de ordinario el conjunto animador. Allí estaban los atriles, la batería, el contrabajo y las sillas vacías, todo mudo y solitario.

En un ángulo se hallaba el complejo electrónico de sonoridad con una grabadora altamente perfecta acoplada. Si los músicos hacían un alto, ella les suplía sin problemas o les daba el fondo más adecuado al momento.

Monique puso en funcionamiento la grabadora buscando el lugar justo por la numeración de la cinta de setecientos metros. La detuvo después conectó la grabación que salió sinuosa, sensual llenando con sus notas el ambiente del local vacío.

Monique pasó a la pista y comenzó a evolucionar por ella, sensual, pero no ardiente, ya que no hallaba placer en bailar a aquellas horas y menos delante del armenio.

El belga Taseau apareció cruzando la sala, llevaba un magnetófono a *cassette* en la mano. Al llegar junto a Anatol, éste le interrogó con la mirada.

—La chica ha llamado por teléfono —dijo.

—¿Y?

—Será mejor que escuches la grabación.

Conectó el magnetófono portátil y teniendo por fondo la música con la que danzaba Monique, Anatol pudo escuchar la conversación entre Clu Harrison y su hija.

Cuando hubo terminado, el belga cerró el aparato, silenciándolo.

—¿Qué opina ahora?

El armenio respondió al hombre más inteligente de su banda:

—Parece que ese Erick Freeman sabe lo que se hace.

Maurice intervino:

—Por lo visto, ha convencido a la chica para que su papá no se preocupe por ella y la busque.

El belga asintió:

—Sí, los suspiros de Clu Harrison pueden oírse claramente en la grabación. Parece convencido de que su hija no corre peligro.

—Ahora la creará camino de Australia en compañía de un tipo alto y rubio llamado Erick. La niña tiene vida propia.

El belga, siempre suspicaz, objetó:

—Sin embargo, el padre, receloso, puede averiguar por las compañías aéreas la salida de su hija.

—Puede marcharse por barco, es difícil de averiguar. No creo que Harrison se preocupe más por su hija después de esta llamada, ha sido un trabajo perfecto. Nosotros no lo hubiéramos conseguido mejor. Decididamente, ese Erick es listo.

El belga puntualizó:

—Sí, y por listo debemos tener mucho cuidado con él.

—Yo le sacaré sus planes a puñetazo limpio.

—Cierra la boca, Maurice —ordenó Anatol mientras se fijaba en la cintura de Monique, ahora desnuda.

—Yo también opino que a golpes no le sacaríamos nada —asintió Taseau.

—Sí, hay que actuar con cautela. Sabe lo que vale y se siente seguro.

—Mientras el ruso esté vigilado por Peter, no hay cuidado de que Erick se lo lleve para hacer la venta por su cuenta.

—Sí, y Paolo vigila a la pareja —indicó Taseau.

—Erick Freeman es astuto. Se lleva limpiamente a Vasolev tras dormir al agente de la CIA y ahora ha salvado el escollo de Clu Harrison haciendo hablar a la chica con naturalidad.

—Eso es que la chica, pese a sus gritos, se siente atraída por él. Las mujeres son así —dijo Maurice contemplando las redondeces de Monique que seguía danzando.

—Es cierto. Habrá preparado un buen plan para sacar a Vasolev de Francia y llevarlo al país que lo compra —admitió Taseau—. Pero ¿y si trata de hacernos una jugarreta?

—No se lo permitiremos. No nos separaremos de él un solo instante y somos cinco para controlar a un solo hombre.

—Y pensar que los rusos sólo nos pagan ciento cincuenta mil dólares por secuestrar a Vasolev y hacerlo reaparecer en Rusia como si nada. Allí, las autoridades lo atraparían en la calle como a un delincuente común y sería juzgado rápidamente, sin que ninguna Embajada extranjera pudiera intervenir. Sin embargo, ese alfeñique ruso vale la bonita cantidad de medio millón de dólares.

—Sí, pero eso no lo sabíamos nosotros —gruñó Anatol—. Con razón Estados Unidos lo protegían tanto escondiéndolo en la misma casa de un alto ejecutivo de la CIA. Suerte que en el contraespionaje

de los rusos nos han advertido de esta circunstancia. Esos *soviets* tienen espías en todas partes.

—¿Y por qué no lo han secuestrado ellos mismos? —preguntó Maurice, el menos inteligente del grupo.

—Porque si estaba bajo la protección americana, tendrían roces políticos con los yanquis y no les interesa. Además, ello desencadenaría una gran publicidad que obviamente perjudicaría a la URSS.

—Y si el negocio sale bien, ¿qué pasará luego con Erick Freeman?

Anatol permaneció unos instantes pensativo. Luego habló despacio.

—Parece que tiene buenos contactos internacionales y con él se pueden realizar buenos negocios. A nosotros no nos conoce nadie, ya que las propuestas se hacen a través de una doble lista de correos que corta los rastros, en cambio él podría dar la cara en adelante.

—¿Piensa incluirlo en la banda? —preguntó Maurice interesado y molesto.

—Sería una excelente adquisición. Ahora no es miembro de mi organización, vamos a trabajar en colaboración y siempre temiendo que uno engañe al otro, pero en el futuro, si el negocio sale bien, puedo proponerle que se una a mí. Es un tipo duro y efectivo.

Taseau objetó:

—¿Y si no acepta y desea seguir trabajando en solitario?

—En ese caso, deberíamos amoldarnos a las circunstancias y prescindir de él.

—¿Dejándolo marchar? —inquirió Maurice.

—No —denegó—, poniéndolo bajo dos metros de tierra o dejándolo bajo unas cuantas brazas de agua sucia con unas pesadas cadenas de hierro sujetas al cuello.

—A mí me agrada más el emparedado de hormigón —dijo Maurice sonriendo.

—Si ése es tu gusto, podrás satisfacerlo si llega la ocasión, Maurice.

Taseau, pensativo, inquirió:

—¿No le pagaremos los ciento cincuenta mil que ha pedido?

—Si prosigue con nuestra banda, sí. Si se marcha, el dinero será nuestro.

El belga, que siempre buscaba todas las posibilidades de problemas, pues especialmente por eso le pagaba Anatol, para poder prever todos los escollos que surgirían en cada operación, preguntó:

—¿Qué sucederá con los rusos que han contratado este secuestro?

—Nada. Ellos saben que esta clase de negocios no siempre salen bien. Después de todo pagan cuando el fugitivo es reintegrado y capturado en su país. Se sentirán molestos, pero si Vasolev no aparece, ellos no pagarán. Entonces nosotros, como siempre sin dejar huellas y a base de recortes de periódico, escribiremos al agregado militar de la Embajada soviética en París comunicándole que un tal Erick Freeman, de nacionalidad brasileña, ha intervenido en el caso estropeándolo. Que se ha llevado a Igor Vasolev y que ignoramos adónde.

—Magnífico —aplaudió Maurice—. De este modo. Freeman da la cara y si han de liquidar a alguien por la desaparición del sabio Vasolev, será a él y no a nosotros que continuaremos siendo amigos de los rusos o de cualquier país que quiera repatriar forzosamente a un fugitivo político sin ensuciarse las manos internacionalmente.

—Ése es mi plan, por eso le he perdonado la vida —dijo Anatol.

—A mí me parece bien hasta ahora, pero nos falta conocer el sistema que ha pensado Erick Freeman para sacar a Vasolev de Francia y cuál es el punto de entrega, los problemas que pueden surgir y la forma de cobrar.

—Todo eso vendrá por sus propios pasos.

En aquellos momentos Monique, terminado su número de *streep-tease* sólo dedicado al terceto, se había quedado quieta en el centro de la pista. Anatol la miró y ordenó:

—Sigue bailando.

—¿Más? —inquirió molesta.

—Bueno, no. Ve a mi habitación y espérame allí. Creo que no me he portado bien contigo y no quiero que te irrites. Cuando te pones sería estás más feúcha.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué vas a ponerme contenta?

—Erick Freeman te dio un diamante falso, ¿verdad?

—Sí.

—Pero a nosotros nos cambió uno auténtico. Un tipo fisto

Freeman. Movía una cajita llena de piedras dentro de la cual sólo había una verdadera, la que me entregó a mí y con la que espoleó tu codicia. Sabe siempre con qué jugar aunque tenga pocos medios para hacerlo.

Sacó del bolsillo superior de la chaqueta el pañuelo blanco que tiró a la mujer. Ésta lo cogió en el aire y se apresuró a desplegarlo, descubriendo lo que había en su interior.

—¡El diamante! Oh, Anatol, eres muy bueno conmigo.

—Anda, vete y espérame. Dentro de unos minutos estaré contigo.

Monique salió de la pista, dio un beso a Anatol y luego regresó para recoger las ropas esparcidas en el local, que semejaba erizado de púas por sus docenas de sillas puestas patas arriba.

CAPÍTULO VI

Cuando Igor Vasolev abrió los ojos y tuvo conciencia de que vivía, de que no había pasado a mejor vida, brincó sobre el catre y miró alrededor. El panorama no le gustó ni le pareció alentador.

Se hallaba dentro de la húmeda mazmorra, con la luz de un cabo de vela que se agolaría en poco tiempo, colocado en el gollete de una botella.

Ignoraba dónde estaba y en poder de quién, pero su deseo de escapar le hizo ir hacia la puerta y tratar de abrirla, cosa que por supuesto no consiguió.

—¡Quiero salir, sáquenme de aquí!

Sus puños golpearon la puerta y cuando ésta fue abierta, le dieron en las narices con ella.

El británico y patibulario Peter apareció en el umbral. Con sonrisa despectiva se quedó mirando al rusa.

—Vaya, conque despertó ya de la droga, ¿eh?

—¿Quién, quién es usted?

—¿Y eso qué importa, imbécil?

—¡Déjeme ir, se lo suplico, déjeme ir!

—¿Adónde, imbécil?

—¡A la Embajada americana!

—Conque a la Embajada americana, ¿eh? Estúpido, ¿no sabes dónde estás?

—No —movió la cabeza negativamente—. Cuando me secuestraron estaba en París. ¿Dónde estoy ahora?

Peter deseó divertirse a costa del sufrimiento del ruso. Era sádico por naturaleza.

—Estás en Siberia, ruso del diablo.

—¿En Siberia? No, no puede ser, no...

—Sí, estás en Siberia y dentro de unos minutos avisaré a los soldados para que vengan a recogerte y te lleven a las minas de sal.

—¡No puede ser! —balbució Vasolev enajenado ante un porvenir que se presentaba tan dramático.

—¿Y por qué no puede ser?

—Acabo de despertar y estaba en París.

—Has dormido treinta y seis horas. ¿Crees que no es tiempo suficiente para trasladarte en un avión de la Air Flot rusa?

—¡No pueden hacerme eso!

—¿Por qué no, acaso porque eres un sabio atómico?

—¡Yo no soy ningún sabio atómico, sólo quiero vivir en paz!

—Conque vivir en paz, ¿eh? Se acabó la buena vida, imbécil. Voy a llamar a los soldados, pero primero les preguntaré si puedo darte una paliza. Me caes muy mal.

Igor Vasolev pensó que si los carceleros que iban a custodiarlo el resto de sus días eran como aquel sujeto, iba a pasarlo muy mal. Por ello, se jugó el todo por el todo, sorprendiendo a Peter.

El británico encajó el cabezazo de Vasolev en la boca del estómago. Lo empujó contra la pared dejándolo por unos instantes sin respiración.

Vasolev carecía de fuerza, pero podía escapar como un ratón por un agujero y lo demostró filtrándose por el hueco de la puerta con una velocidad que desconcertó a Peter.

—¡Maldita sea, vuelve aquí! —gritó.

Igor Vasolev sabía muy bien que sin sorprenderlo no podría con aquel tipo de rostro macilento y demacrado como si jamás hubiera recibido la luz del sol. Optó por tratar de cerrar la puerta.

Peter agarró la puerta con los dedos, pero el tirón fue tan violento por parte de Vasolev que las puntas de sus dedos fueron pilladas contra la jamba. La puerta se cerró y Vasolev corrió el pestillo.

—Ahí te quedas —gruñó entre asustado y esperanzado.

Se escucharon unos fuertes golpes en la puerta. Ahora era Peter quién trataba de escapar inútilmente.

—¡Imbécil, que no estás en Rusia sino en París! ¡Ábreme o te liquidan!

—Conque París, ¿eh? —suspiró Vasolev—. Aún puedo escapar de estos tipos que me han secuestrado.

Había varias celdas cerradas y el túnel que se bifurcaba.

Vasolev abrió una de las mazmorras. Dentro de ella no se veía

nada y se lamentó de no haber cogido el cabo de vela. En realidad ignoraba si aquello era una celda gemela a la que él ocupaba o la puerta de salida, ya que la carencia total de luz le obligaba a ir tanteando.

Sus manos tropezaron con una cadena y siguiendo ésta tocó algo duro.

—¿Qué diablos será esto?

Su tacto no era nada extraordinario, pero pronto se dio cuenta de que estaba tocando una calavera humana, perteneciente a alguien que había muerto allí encadenado, posiblemente de inanición.

Vasolev se estremeció. Rápidamente, buscó la salida. Cuando la hubo hallado, cerró la puerta suspirando, pero todavía intranquilo.

Siguió tanteando las paredes.

Escuchó chillidos de ratas, el gotear del agua que se filtraba por el techo. Al fin, sus pies tropezaron con algo que resultó un escalón de piedra. Optó por subir aquella escalera.

Siempre a oscuras, llegó a lo alto. No había que subir más, ya que allí se alzaba una puerta que para su desgracia estaba cerrada con llave.

«El tipo ese de la mazmorra tendrá la llave en su bolsillo», se dijo desconcertado.

Allí estaba la salida, su escapatoria, su salvación. Ignoraba qué pretenderían sus secuestradores, pero seguramente no sería nada bueno y prefería no quedarse para averiguarlo.

En la mazmorra, Peter seguía gritando, amenazando y golpeando la puerta sin poder salir. No tenía ningún hierro, estilete o cosa alguna para poder manipular en la cerradura. De pronto, escuchó pasos... No cabía duda, alguien se aproximaba por el otro lado de la puerta.

Una llave entró en el ojo de la cerradura y la hoja se abrió. El potente foco de una linterna dio de lleno en el rostro de Vasolev, cegándole.

—¡El ruso! —exclamó Taseau.

Vasolev se abalanzó contra el belga, pero éste le propinó un empujón y el ruso vio frustradas sus esperanzas de escapar. Al mismo tiempo, el terror se apoderó de él cuando comenzó a rodar escaleras abajo.

Taseau, con la luz de la linterna, siguió la caída del prisionero que al fin quedó inmóvil al pie de la escalera.

El belga descendió con precaución mientras escuchaba los gritos de Peter que querían escapar.

Al llegar junto a Vasolev, éste no se movía. Taseau se preocupó. Sabía bien que el ruso podía valer quinientos mil dólares o, en el peor caso, devolviéndolo a los rusos, ciento cincuenta mil. Sin embargo, muerto no valía ni un centavo.

Vasolev respiraba levemente, pero vivía y al perspicaz belga no se le escapó que en la caída se había herido de gravedad.

—¡Estúpido Peter! ¿Cómo se te ha escapado?

Xina había tomado un abrigo veraniego de Monique y, protegida con él, se sentía más segura, más a salvo de las miradas e intenciones de aquellos hombres.

Erick Freeman parecía muy disgustado y no hacía nada por disimularlo.

Anatol, sentado tras una mesa despacho de escaso valor, repiqueteaba con sus dedos sobre la madera.

—Si el ruso muere, habrán cometido una gran estupidez — reprochó Erick.

—Son gajes del juego. Alguna vez se tiene que morir.

Taseau, a su lado, objetó:

—Ha sido un accidente estúpido. En realidad, Vasolev trataba de escapar y se ha caído por las escaleras.

—¿Y cómo se les ha podido escapar un sujeto como el ruso, sin armas y escaso de fuerzas?

—No me queda más remedio que darle la razón, Freeman — gruñó Anatol—. Uno de mis hombres se ha pasado de listo y si el ruso muere, él lo pagará caro. Siempre castigo las torpezas con dureza.

—No me diga que va a esperar tranquilamente a que usted lo castigue si Vasolev muere.

—Sí, esperará. Peter está encerrado en la mazmorra, no le hemos abierto la puerta todavía. Es un hombre muy peligroso y está armado con una navaja que utiliza con verdadera maestría.

—¿Quiere decir que si Vasolev muere lo liquidarán dentro de la misma mazmorra?

—Sí, y no hará falta hacer nada, sólo esperar.

—¿Inanición?

A la pregunta de Erick, Anatol asintió sonriendo ligeramente.

—Es una muerte lenta y desagradable de la que no se puede escapar. Ya ha ocurrido eso en otra mazmorras que hay abajo. Son muy prácticas para casos como éste, en el medievo ya mataban de esta forma. Cuando descubrí las mazmorras en unas obras que realicé en los sótanos de mi *boîte*, hallé varios esqueletos.

—¿Y no dio parte a las autoridades?

—¿Para qué? No iban a buscar a los asesinos medievales, ¿verdad?

En aquellos instantes, un hombre desconocido para Erick salió con un maletín en la mano. Su semblante aparecía preocupado.

—Tiene dos costillas rotas y el fémur de la pierna derecha. Deberá ser trasladado a un hospital para que lo curen.

Anatol suspiró. Mirando a Erick preguntó:

—Hay prisa, ¿verdad?

—Por supuesto, pero si él puede morir al moverse...

Anatol se encaró ahora con el médico.

—¿Puede morir si lo movemos?

—La costilla puede herirle el pulmón. Además, no resistiría los dolores. Hay que enyesarlo, y para hacerlo correctamente deben hacerse radiografías.

—Y si no se hacen las radiografías, ¿qué puede ocurrir?

—Bueno, los huesos pueden soldar mal y causarle dolores toda la vida, también quedar cojo.

—No creo que el quedar un poco deforme altere su cerebro. Yo soy cojo y no me pasa nada en la cabeza.

—¿Qué se le está ocurriendo. Anatol? —preguntó Erick.

—Marcel, encargue yeso y vendas. Va a enyesarlo aquí mismo.

—¿Aquí y ahora? —se sorprendió el médico.

—Sí, eso he dicho.

—No es lo adecuado, ese hombre va a sufrir.

Erick propuso:

—Podríamos llevarlo al hospital con la ambulancia y una vez enyesado...

—No —cortó Anatol—, ese tipo no se mueve de aquí. Marcel, pida lo que haga falta a Taseau, él se lo traerá. Va a enyesarlo aquí. No me importa si queda mal, sólo quiero que viva. ¿Entendido?

—Es que... —se resistía el doctor.

—Marcel, no me agote la paciencia. Sabe bien que puedo hacer que le quiten el carnet y que lo juzguen por muchos delitos. Dentro de mi caja fuerte tengo las pruebas, testimonios firmados de las chicas.

—Chicas que usted me enviaba, Anatol.

—Sí, pero en la confesión sólo le acusan a usted, Marcel. Vamos, obedezca y le pagaré bien.

—Como quiera.

Acercándose a Taseau, comenzó a pedirle en voz baja cuanto necesitaba.

Anatol prosiguió:

—No me importa que haga un trabajo fino, sólo que sobreviva.

—Esperemos que lo acepten tal como llegue —dijo Erick resignado.

—Si les interesa su cerebro, lo aceptarán —puntualizó Anatol.

—Esperemos que así sea, pero opino que habrá que darse prisa.

—¿Para qué?

—Para entregarlo, para efectuar el canje por el dinero. No sea cosa que Vasolev se porga peor en las próximas horas y perdamos el negocio.

Mientras Marcel regresaba junto a su dolorido paciente, Anatol preguntó a Freeman:

—¿Puede realizarse todo el proyecto con prontitud?

—Sí, si doy el mensaje clave para que coincidamos en el lugar adecuado para que se lleven a Vasolev y me paguen el medio millón convenido.

—¿Cómo será trasladado Vasolev?

—Por el aire, es el medio más rápido.

—¿Y al llegar al punto de destino?

—No voy a decir más, Anatol, no quiero que se le ocurra hacer el negocio solo.

Suficiente, Anatol advirtió:

—En algún momento tendrá que hablar. No pensará que voy a ir en todo instante a ciegas, ¿verdad?

—Si no se separa de Vasolev, no lo perderá de vista y menos ahora que va a quedar vestido de yeso blanco y será mucho más pesado y difícil de trasladar.

—Sí, es cierto, no creo que usted sólo pueda llevárselo sin contar con nosotros. Le costaría caro. Por cierto, no me ha dicho cómo le ha ido con la hija del hombre de la CIA.

Erick miró a Xina y ésta bajó la cabeza mientras sus mejillas se arrebolaban.

—Su padre no nos molestará. Ella le ha telefoneado.

—Ya lo sé. No pueden hacer nada sin que yo me entere. Además, creo que la chica le gusta, ¿verdad?

—¿Y por qué no habría de gustarme?

—En ese caso, va a pegarse a mis talones.

Erick parpadeó sin disimulos.

—¿Por qué?

—He descubierto que su punto débil son las mujeres, Freeman. Le gustan excesivamente y se siente muy caballeroso con ellas. Estoy seguro de que viendo a una mujer en peligro arriesgaría su vida por salvarla.

—Comprendo. En el mismo lugar, usted le daría una patada para que acabara de reventar.

—Es posible que lo hiciera si era de mi interés, pero yo sé que usted no haría eso. Usted es duro con los hombres, pero blando con las mujeres, es el prototipo del macho mamífero, de un hombre de las cavernas que no ha evolucionado en la sesera. Un perro no muerde a una hembra de su especie. Son muchos los animales que no atacan a las hembras de su raza.

—Al grano Anatol, al grano —apremió Erick molesto adivinando las intenciones del armenio.

—La chica estará pegada a mis talones, entre Maurice y yo. Si usted se quiere pasar de listo, Maurice se encargará de hacerle unas marquitas en la garganta, será un collar de difunta. Le aseguro que Maurice tiene verdadera especialidad en los estrangulamientos. Fue boxeador, pero como recibió un poco duro, se pasó a la lucha libre y cuando hubo matado a dos hombres fue expulsado. En ese momento lo contraté yo para que trabajara para mí.

—Xina nada tiene que ver en este asunto. Déjenla en paz.

—No, Freeman. Usted la protegerá, lo sé. Conozco bien a la gente y veo cómo la mira a ella.

—Estupideces. ¿Y si me olvido de ella y me largo con el dinero, y si no me importa nada su vida?

—Yo perderé mi parte en el negocio, pero Xina perderé la vida —dijo sonriente y frió.

Erick comprendió que el armenio no hablaba en vano. Estaba dispuesto a eliminar a la joven si todo salía mal. ¿Por qué diablos se había metido la hija de Clu Harrison en aquel lío?

—Está bien, no me importa lo que pase. Ahora, tengo que ir a preparar la cita con los compradores de Vasolev.

—Como usted diga, Freeman. Paolo le acompañará.

Erick se acercó a Xina y, sonriéndole, le dio una suave palmadita en la mejilla al tiempo que decía:

—Tú me gustas y no dejaré que te coman los lobos, no te preocupes —miró a Paolo y añadió—: Andando, tengo prisa y no queda mucho tiempo por delante.

Erick y Paolo abandonaron el despacho del armenio. Xina Harrison les siguió con la mirada. No sabía por qué, pero aquel cínico aventurero llamado Erick Freeman la había enamorado.

CAPÍTULO VII

Paolo conducía el «Citroën DS» por las calles de París.

Erick, sentado a su lado, sacó un paquete de cigarrillos que tendió con naturalidad hacia el italiano; éste tomó uno.

—Gracias.

Erick puso uno en sus labios y pasó la llama del encendedor del auto al cigarrillo del italiano primero y luego al suyo, creando así un ambiente cordial.

—¿Te paga bien Anatol o vas a tanto por ciento?

Paolo aspiró el humo de su cigarrillo. Lo expulsó después y sin quitárselo de la boca observó a Erick entre sonriente y suspicaz.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Sólo preguntaba. Intuyo que Anatol querrá que trabaje para él y me gusta saber antes cómo es.

—Es pequeño, pero muy duro de roer. Es peligroso y no perdona los fallos si es lo que quieres saber. No me gustaría estar en el pellejo de Peter.

—¿Lo liquidará por habérsele escapado Vasolev?

—No daría un centavo por su vida.

—Hum, ¿y de qué le habrá servido trabajar y ser fiel a Anatol?

—La muerte es así, cuando llega hay que tomarla —replicó filosófico el italiano.

—Pero, si hay que aceptar la muerte de esa forma, hay que vivir bien antes de que llegue, ¿no?

—Sí, soy de esa misma opinión.

—Entonces, ¿por qué no vives bien ahora, por qué permites que alguien te mande y te dé las migajas de los botines?

—Después de todo, no vivo mal. No me faltan unos francos en los bolsillos y tengo chicas.

—Por el asunto de Vasolev, ¿cuánto te va a pagar Anatol, si es que no te da una mensualidad como a cualquier abejita

trabajadora?

—Bueno, cuando yo no tengo dinero, me da, siempre que no sea demasiado, claro —se expresó locuaz mientras conducía el auto con soltura.

—Pero ¿cuánto puede darte de extra por el asunto de Vasolev?

—Supongo que unos cincuenta mil francos nuevos si todo sale bien.

—¿Eso es lo máximo?

—Sí. La verdad es que nunca he cobrado más que eso, pero Anatol sabe buscar asuntos y los trabajos no se acaban.

—Hasta que un día te veas en una mazmorra como Peter. Entonces, se acabaron las ganancias.

—Gajes de la profesión.

Pensativo, Erick aspiró el humo de su cigarrillo. El día había nacido en la capital de Europa, la Ciudad Luz, la de la torre Eiffel y de las ratas que observaban curiosas a los amantes que se acariciaban a orillas del Sena.

—Cincuenta mil francos es algo menos de diez mil dólares.

—Sí, bastante menos.

—Es poco por arriesgar la vida.

—No seré yo quien se lo discuta a Anatol. Tiene malas pulgas.

—¿Qué te parece si en vez de cincuenta mil francos ganaras un millón quinientos mil?

El automóvil brincó del brusco frenazo. Las pastillas de las ruedas quedaron impresas en el asfalto cuando un semáforo marcaba rojo delante de ellos y una viejecita, con un caniche, cruzaba la calzada.

—¿Has dicho un millón quinientos mil, estás loco?

—¿Loco? Sólo te estoy proponiendo un negocio.

—Empiezo a entender. ¿Me pides que traicione a Anatol?

—No creo que le debas nada. Por lo que has hecho te ha pagado ya, ¿verdad?

—Sí, es cierto, pero ¿sabes lo que haría contigo si le contara esto que me dices?

—Lo mismo que contigo, Paolo. Si se lo cuentas, ya no se va a fiar de ti, recelará de tu codicia. Me precio de conocer bien a la gente.

Instintivamente, Paolo asintió con la cabeza. Después, dijo:

—Y si intento traicionarlo, no haré más que precipitar mi muerte.

—¿Por qué, si dominamos la situación? Luego, con tu cuarto de millón de dólares, podrías ir a Brasil, a Venezuela o a Estados Unidos si te parece. En cualquier sitio serás bien recibido si llevas dinero encima y sólo con el rédito de ese dinero puedes vivir espléndidamente en cualquier parte, fundar tu club donde te parezca. Ya no dependerías de nadie.

—Anatol me buscaría —insistió.

—Si cuando llegue el momento lo liquidamos, no habrá ocasión de que nos persiga. Incluso, no hará falta que te muevas de París o puedes regresar a Roma, lo que prefieras.

—Lo que tú quieres es ganar tu cuarto de millón, ¿verdad? Cien mil dólares más de lo que te ha ofrecido Anatol.

—Después de todo, el negocio era mío. Anatol sólo me ha pisado el asunto y es lógico que trate de jugar sucio ahora, ¿no?

—Sí, es comprensible. Además, un cuarto de millón de dólares es mucho dinero y hay que tenerlo en cuenta.

—¿Aceptas el trato?

—Bueno, ir a medias en un negocio grande todavía no me lo han propuesto nunca, pero no acabo de fiarme.

—¿De Anatol?

—No, de ti.

—¿Qué pasa conmigo?

Antes de responder, Pablo lo escrutó tratando de descubrir la verdad en su rostro.

—Tú tratarás de quedarte con todo el medio millón. Conozco a los sujetos como tú.

—Si pudiera sí me quedaría con él, pero tengo que admitir que esta vez no puede ser. Estoy en inferioridad física, carezco de armas y además está la chica esa que me interesa. Ni siquiera me dejarán a mí el dinero encima.

—Necesitas un cómplice en tu jugarreta contra Anatol, ¿verdad?

—Exacto. Anatol me vigilará, preciso que alguien pueda sorprenderles por la espalda y liquidar al armenio si se pone tonto.

—La mejor forma de solucionar el problema sería eliminarlo.

—Y con tu cuarto de millón, te retirarías sin tener que exponer más tu vida en el futuro.

—Lo que me propones no es una pera en dulce, es un peral entero en almíbar. Anatol no recelará de mí. ¿Cuándo sería el asunto?

—Cuando tuviéramos el dinero, por supuesto. Entonces, nos quedaríamos con él y asunto concluido.

—¿Y el reparto?

—Al quedarnos a solas. La verdad es que tendré que fiarme de ti, ya que tú tendrás la pistola y el dinero en la mano en el momento de la operación. Medio millón de dólares. Espero que no me falles.

—¿Quién, yo?

—Recuerda que vamos a medias, no vayas a hacerme una jugarreta. El negocio te lo propongo yo y te doy a ganar lo que jamás has soñado.

En la mente de Paolo brilló una luz; medio millón. Sonriendo se apresuró a decir:

—No temas. Si es cierto que sacamos medio millón no me hará falta más que la parte que me corresponda. Esto es mejor que trabajar con Anatol. Será un momento de peligro y listos.

Erick lo observó de reajo. Sabía muy bien que Paolo estaba elucubrando ya las posibilidades de liquidarle en cuanto tuvieran el dinero. Tener el dinero y la pistola le daría una fuerza que ya estaba pensando en cómo aprovecharla para beneficio propio.

—Escogeré el momento preciso para dar el golpe y coger a Anatol por sorpresa.

—De acuerdo. Después de todo, es tu plan.

—Tú te colocarás siempre a espaldas de Anatol, de los últimos para sacar el negocio adelante.

—Seguiré tus instrucciones. ¿Qué más?

—Entrarás en acción sólo cuando diga yo una contraseña.

—¿Y cuál será?

—«No veo peces abajo».

—Vaya tontería —exclamó.

—Sí, una tontería que desconcertará a los demás. Entonces tú entrarás en acción sorprendiéndoles todavía más.

—Bien, no veo peces abajo.

—Correcto. Ahora para, que ya hemos llegado al edificio central de la telefónica.

Minutos después se hallaban en el interior del gran edificio.

Paolo tuvo que quedarse fuera de una de las cabinas mientras Erick telefoneaba sin que nadie pudiera escucharle, concertando el punto de canje de Vasolev por el dinero.

El italiano fumaba ahora más tranquilo, sus ojos brillaban. En poco tiempo sería rico. Medio millón para él solo, porque no iba a compartirlo con Erick. Sólo tendría que apretar el gatillo contra él cuando hubiera dominado la situación respecto a Anatol y los demás hombres de la banda.

Cuando salió de la cabina, Paolo preguntó interesado:

—¿Para cuándo?

—Será esta misma noche. Por la tarde emprenderemos el viaje y al amanecer, tú y yo podremos disfrutar del dinero.

—Perfecto. Vamos a comunicárselo a Anatol, también se pondrá contento. El que no sé si resistirá será el ruso.

—Si lo llevamos con cuidado en la ambulancia y no lo sacamos en ningún momento de la camilla, nada le sucederá.

—A todos nos conviene tratarlo con el máximo de cuidado. Perderíamos mucho.

En el «Citroën DS» regresaron rápidamente a la *boîte* Cholo.

El médico terminaba ya de enyesar al sufrido Igor Vasolev que había tenido muy mala suerte al escoger la fecha de su fuga del telón de acero.

—¿Qué hay? —preguntó Anatol.

—A las siete de la tarde hemos de partir, con la ambulancia, por supuesto.

—Todos no vamos a caber en la ambulancia —advirtió el belga.

—Podemos llevar al «Citroën» y repartirnos —puntualizó el propio Anatol.

—Por mí no hay inconveniente.

—¿Adónde iremos con los coches? —siguió preguntando el armenio.

—Bueno, esa parte sí puedo revelarla. Iremos hacia el sur, a quinientos kilómetros.

—¿Y allí?

—Ya lo iremos viendo, no quiero quedarme a mitad de camino. Un balazo en la nuca mientras los demás hacéis el negocio por mí.

—El balazo lo tendrá también si trata de hacernos una mala

jugada. En todo momento alguien estará vigilando su cabeza y también la de la chica —dijo mirando a Xina que permanecía sentada en una silla, sin atreverse a intervenir, pero confiando que Erick la sacaría del atolladero.

—Sí, ya lo sé. De otra forma no me conformaría con ciento cincuenta mil cuando iba buscando medio millón.

—Hablando del medio millón, ¿cuándo pagan?

—Esta misma noche. No habrá problemas, los conozco. Pagarán siempre que no les entreguemos a Vasolev ya cadáver.

—No hay cuidado, el médico ya lo ha llenado de yeso y no morirá.

—¿Y si aúlla de dolor? —objetó Erick.

—Diremos al *doc* que le inyecte un calmante, morfina por ejemplo.

—El momento de la entrega puede demorarse unas horas y despertársele el dolor.

—Llevaremos una jeringa con morfina. Taseau se cuidará de eso. El belga asintió con la cabeza.

—Perfecto. Ahora, como no tengo nada que hacer hasta las siete, puedo marcharme con Xina, ¿no?

—Ni lo sueñe, Freeman. Ahora puede ser más peligroso que nunca, ya que ha comenzado a tener alas propias. No voy a dejar que vuele lejos. No abandone la *boîte*, vaya a la barra y pida lo que le dé la gana, pero no salga. Xina tampoco saldrá de este despacho, lo mismo que Vasolev.

—No quiere perder su juego, ¿eh? —sonrió Erick.

—Por supuesto que no. No me agrada jugar con faroles, prefiero jugar sobre seguro.

—Bien, juegue entonces. ¿Y cuándo comiencen a llegar los clientes a la *boîte*?

—Hoy no habrá clientes.

—¿Cerrado por defunción del dueño? —preguntó sarcástico.

—No me gustan esas bromas.

—¿Supersticioso?

—Al diablo, Freeman. Cerrado porque me da la gana.

—¿Pondrá eso en el letrero?

—¿Qué importa lo que escriba? Esta noche, la *boîte* no se abre, eso es todo.

—Bien, entonces iré a la barra a servirme yo mismo un poco de bebida.

Xina hizo ademán de levantarse para ir tras Erick, pero la mano de Maurice se cerró bajo su nuca y la obligó a quedarse quieta.

Freeman fue a la barra.

Allí estaba Monique que lo recibió fría, irónica, casi hostil.

—Te han quitado ya a la chica, ¿verdad?

—El pobre Anatol es un estúpido, se pasa de listo.

—¿Por qué? —inquirió ella mientras Erick pasaba al otro lado de la barra, escogiendo con naturalidad el mejor *whisky* para servirse al tiempo que tomaba unas almendras para morder.

—Cree que esa chica me interesa.

—¿Y no es cierto?

—Por supuesto que no. No vale tanto como pensaba.

—Vaya, eso es una noticia. ¿Resulta sosa?

—Hay situaciones en las que uno, estúpidamente, no puede por menos que hacer comparaciones.

—¿Y con quién la has comparado?

—No me importa que te rías o que no me creas, pero ella, a su lado... Bueno, es guapa, pero tú tienes, ¿cómo diría yo?

—¿Sexy? —inquirió coqueta.

—Exacto. Admito que soy un poco variable, pero tú me gustas más. Claro que como ya no me tragas, es una lástima.

—¿Por qué?

—Verás, los dos juntos podríamos hacer grandes cosas.

—¿Cómo qué?

Él se acercó al mostrador, acodándose delante de la chica con la cara casi metida en el suave escote femenino.

—Supongo que estarás cansada de trabajar en el Cholo para unos clientes bobalicones, casados, gordos y estúpidos y también de recoger las migajas que te tira Anatol.

—A veces no es tan roñoso. Me dio un diamante que tú conoces bien.

—Es generoso, pero yo puedo serlo más.

—¿Cómo cuánto más?

—Casarme contigo.

—¿Qué dices?

El más vivo asombro se reflejó en el rostro atrayente de la

morena.

—Lo que has oído, casarme contigo y una vida muelle y opulenta en Brasil. Tengo amigos allá, sabes que poseo nacionalidad brasileña.

—¿Estás loco?

—¿Loco? No. Tendríamos medio millón de dólares para los dos. ¿Sabes cuánto es medio millón de dólares traducido en cruceiros o francos nuevos?

—Imagino que es mucho dinero —dijo interesada—, pero tú no lo tienes.

—Puedo tenerlo si me ayudas.

—¿Yo?

—Sí. Nadie va a sospechar de ti y yo tengo un plan...

CAPÍTULO VIII

La ambulancia conducida por Erick Freeman rodaba a algo más de ciento veinte por hora sobre el asfalto de la carretera nacional de Saint Étienne, en dirección sur.

Tras ella, manteniendo la velocidad y la distancia, circulaba el «Citroën DS» conducido por Maurice. Xina iba sentada a su lado y en la parte posterior viajaban Monique y el jefe de la banda que miraba a través de los cristales de la ventanilla. Sin embargo, como paisaje veía única y exclusivamente sus pensamientos, plagados de proyectos.

El belga Taseau iba en la ambulancia junto a Erick, y en la parte posterior de la misma se hallaba el desgraciado Igor Vasolev enyesado y gimiente, escoltado por el italiano Paolo que se hallaba sentado a su lado como si fuera un celador o quizá un verdugo.

A su derecha, el sol había enrojecido y desaparecido después, como si hubiera escapado a Burdeos, al otro lado de Francia, pues los dos vehículos, circulando en dirección al Mediterráneo, quedaban al este de los picachos de los Alpes.

Erick realizaba el viaje en silencio. El belga Taseau había tratado de entablar conversación, pero él no le había dado pie.

Freeman sabía bien que el belga no hablaba porque sí. Aquel sujeto, cerebro gris de Anatol, trataba de sacar el máximo partido de cada frase, de cada palabra que escuchaba.

Elucubraba sus posibilidades y opinaba, después. No le interesaba tratar al belga como habría hecho con Paolo o Monique. Eran cerebros muy distintos. Anatol había formado una banda de hampones, pero cada uno de ellos especialista en trabajos distintos.

Freeman, que era quien marcaba la ruta, se salió de la carretera por un desvío lateral que conducía a la población de La Louvesc, un pueblecito montaños.

Pese a la canícula, allí se conservaba el verdor de la hierba

virgen. El rocío nocturno era intenso. Lyon y mucho más Fontainebleau, quedaban atrás. El Ródano, que les había acompañado en paralelo a la carretera, bajaba con escaso caudal.

Antes de llegar a La Louvesc tomaron una bifurcación vecinal desviándose más hacia el sur y rodando ahora sobre una calzada en pésimas condiciones.

Los socavones quedaban al descubierto bajo los potentes faros de los vehículos. La circulación se hizo más lenta y los gemidos de Vasolev más fuertes.

Dejaron también aquel camino para introducirse por un sendero de carros, si es que podía llamarse así. Cruzaba unos prados y se internaba en el valle, no muy lejos de la ribera del Ródano.

Anatol comenzaba a molestarse por lo infame de los caminos que estaba escogiendo Freeman y añoraba la carretera nacional que había quedado ya más atrás.

Al fin, la ambulancia se detuvo en una granja que parecía abandonada. No había animales allí, ni huellas ni heces de los mismos. No ladrarían perros ante la proximidad de intrusos.

Los faros de la ambulancia quedaron fijos sobre la puerta del vetusto y gran granero. El «Citroën DS» se colocó junto a la ambulancia, deteniéndose.

Todos se apresuraron a apearse, estirando las piernas después de cuatro horas de rápido viaje.

—¿Qué es esto, Freeman? Parece una de esas casas o granjas abandonadas por destripaterrones que han emigrado a la metrópoli.

—Así es. Iba a ser abandonada y yo la compré por unos cuantos francos. Me tomaron por un iluso, pero a mí me hace mucho servicio. Por aquí cerca no hay curiosos.

—¿Ningún puesto de gendarmería?

—El más cercano se halla a veinte kilómetros y no suelen venir por aquí. Si lo hacen, no hay nada raro en esta granja en su aspecto exterior, claro.

Por las ventanas del granero nada podía verse, ya que estaban claveteadas con gruesos maderos y la puerta cerrada con una cadena sujeta por un no menos grueso candado. Sobre la puerta, un papel claveteado al cual se acercó Taseau.

—Es del Ministerio de Sanidad.

—¿Ministerio de Sanidad? ¿Y qué dice?

Erick respondió:

—Granero clausurado por hallarse en período de desinfección y desinsectación para evitar peligro de epidemias. Naturalmente, el papelito es falso, pero surte efecto. Nadie quiere husmear dentro del granero por temor a coger una infección o llenarse los pulmones de veneno colocado por el Ministerio de Sanidad rural.

—¿Y qué guarda dentro de ese granero para haberlo protegido de forma tan ingeniosa? —preguntó Anatol.

Todos esperaron la respuesta de Freeman.

—Ahora lo verán. Traigan linternas.

Sacó una llave y abrió el candado, retirando la gruesa cadena. Poco después, abrió la doble hoja del portalón.

Los haces de luz que brotaban de las linternas se introdujeron en el granjero mientras Xina, instintivamente, se aproximaba a Erick. Iba vestida aún con el pijama con que fuera raptada, cubriéndose por encima, con un abrigo de Monique.

Erick la tomó del hombro y la estrechó ligeramente, infundiéndole confianza. Ella buscó sus pupilas y él le respondió con su mirada. No cruzaron una sola palabra, pero ambos se habían dicho mucho. Confiaban el uno en el otro, pero la situación no era propicia para entrar en acción.

—¡Un helicóptero!

Tras la exclamación de Maurice, el belga, más frío, observó:

—Parece francés, de los utilizados por el ejército para el desembarco de tropas.

—Está pintado de negro y sin identificaciones —observó Anatol.

Todos se aproximaron a la libélula mecánica. Freeman explicó:

—Hace tiempo tuve oportunidad de hurtarlo en Alemania.

—¿Americano? —inquirió Maurice.

—Sí. Lo hurté y entré en Francia por la costa este. Lo traje aquí y lo pinté de negro para que no fuera visible cuando volara con él por la noche.

—¿Es la primera vez que lo utiliza? —preguntó Anatol.

—Oh, no —palmeó el fuselaje del helicóptero como si fuera un perro fiel—. Ya hemos hecho varias cosas juntos y cada vez que terminamos un trabajo, lo encierro aquí y a dormir.

—Es buena idea utilizar un helicóptero sin registrar en Francia —opinó el belga.

—Parece que nuestro amigo está resultando muy inteligente.

Freeman no se detuvo a escuchar halagos y preguntó:

—¿Alguno de ustedes sabe usarlo?

—Taseau sabe pilotar helicópteros y aviones —apuntó el armenio.

—¿De este tipo también? —Trató de puntualizar Erick.

—Sí. Pertenecí a las fuerzas de la OTAN hace algunos años y aprendí a manejar toda clase de aeronaves. Los aparatos americanos los conozco bien.

—Magnífico, siempre va bien tener un piloto suplente.

Anatol expresó en voz alta:

—No entiendo cómo lo ha metido aquí dentro. Por el portalón no cabe.

—Pero por aquí sí.

Se alejó hacia un ángulo del barracón y allí comenzó a dar vueltas a una gran rueda. El techo se abrió en dos partes, desplazándose hacia las paredes más largas. El cielo del granero quedó totalmente libre.

—No descuida detalles —se admiró Anatol.

Taseau objetó:

—Sin embargo, debe de ser difícil salir y entrar aquí con este helicóptero de gran tamaño, capaz para una decena de hombres con sus equipos de combate.

—Todo depende de la pericia que uno tenga —observó Erick.

—Bien, no perdamos más tiempo. Hemos de marchar con el helicóptero, ¿no?

Freeman asintió:

—Sí, ya pueden traer a Vasolev.

—¿Y los coches? —preguntó Taseau—. No podemos dejarlos ahí fuera al descubierto para que algún gendarme rural los descubra y entre en sospechas.

—Sacaré primero el helicóptero del granero y luego lo utilizarán como garaje. Cerraremos el techo, colocaremos la cadena y subiremos al aparato. Al regresar lo haremos también de este modo.

Anatol permanecía vigilante, tratando de que no escapara de sus manos la situación mientras Monique, junto a él, no se separaba de su bolso de mano. Miraba de reojo a Anatol y sonreía fugazmente cada vez que tropezaba con la mirada de Freeman, una sonrisa llena

de complicidad.

—Taseau, sube con él al helicóptero. Así te irás familiarizando con su manejo.

El belga asintió con la cabeza a la orden del armenio y subió tras Erick. Después, todos abandonaron el granero.

La nave comenzó a hacer girar sus aspas que como largos tentáculos pretendían alcanzar las paredes del granero que sólo quedaban a tres o cuatro metros de sus extremos.

—¿Ya podremos salir de aquí dentro sin hacer saltar las aspas contra las paredes?

Erick, sentado ante las palancas de mando del helicóptero, sonrió.

—Creo que sería capaz de meterlo en un lugar más pequeño que éste.

—Esperemos que su habilidad no sea sólo una fanfarronada.

—¿Tiene miedo a morir? Le advierto que el tanque de combustible está a rebosar, siempre lo mantengo lleno por si he de emplearlo en una fuga precipitada.

—¿Huyendo de la policía?

—Siempre es posible —respondió Freeman.

Las aspas aceleraron su rotación ante la expectación de las dos mujeres que, de forma instintiva, se distanciaban mutuamente.

Anatol prefirió quedarse cerca de los coches, a prudente distancia, por si las paredes del granero se venían abajo por la fuerza de la vibración.

El intenso remolino de aire hizo temblar las paredes, pero éstas resistieron y no tardó en verse aparecer el helicóptero por encima del techo de su escondite.

El aparato se elevó una cincuentena de metros y volvió a descender tomando tierra a escasa distancia de los coches. Los cabellos de las dos mujeres parecieron sacudidos por un tornado.

Cuando la puerta se abrió. Anatol felicitó seco:

—De veras lo hace usted bien, Freeman. Creo que podremos realizar grandes negocios juntos, máxime contando con este helicóptero capaz de llevar un automóvil en su panza.

El belga saltó al suelo por la amplia puerta del helicóptero militar norteamericano, ahora pintado de negro y sin identificación alguna.

—Creo que podré llevarlo sin dificultades —dijo—, aunque no me atrevería a hacer la habilidad de meterlo en el granero sin hacer saltar las aspas o arder la nave por los cuatro costados.

—Maurice, ayuda a Paolo a traer a Vasolev.

—Traedlo con la camilla de la ambulancia. Si llega muerto no nos van a pagar ni un solo dólar —advirtió Erick.

—Vosotras dos podéis subir ya.

Anatol llevaba las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y al observador Erick no se le escapó que en su bolsillo derecho había un bulto muy significativo, un bulto que correspondía a una pistola que no dejaba de empuñar por si la situación se ponía fea.

Erick carecía de armas y Taseau lo vigilaba de cerca aunque no lo apuntara con ninguna automática. Por su parte, Anatol se encargaba de vigilar a Xina mientras Paolo y Maurice trasladaban al herido en su camilla.

Igor Vasolev fue introducido en la nave. Miró alrededor, asustado. Prisionero del yeso que lo envolvía, preguntó:

—¿Adónde me llevan?

—Cierra el pico o te romperemos más costillas —masculló Anatol.

—Máteme —pidió el ruso—. No quiero sufrir más.

Nadie le hizo caso. Por su parte, el armenio ordenó:

—Maurice y usted Freeman encierren los coches y cubran el tejado para que no despierte sospechas. Deseo volar de aquí. Tengo la impresión de que de un instante a otro nos va a localizar algún gendarme.

Diez minutos más tarde, los coches estaban aparcados dentro del granero, el techo de este cerrado y la puerta encadenada.

Los dos hombres subieron a bordo del helicóptero. Erick tomó el mando del mismo y Taseau se colocó junto a él como copiloto.

La nave poseía dos puertas. La grande para el desembarco de soldados en operación de asalto y la pequeña de emergencia junto al asiento del piloto.

El aparato emprendió el vuelo sin más luces que las del cuadro de mandos. La pintura negra camuflaba la nave que desde tierra podía oírse, pero no verse.

—¿No tratarán de localizarnos? —preguntó Anatol.

—No. Escojo una ruta para salir del Mediterráneo que no está controlada. Vuelo entre las montañas y salgo por la desembocadura del Ródano sin problemas.

—¿Haremos el contacto en alta mar?

—Sí. Allí nos esperan, tienen mucho interés por Vasolev.

—¿Podríamos pedir más por él?

—¿Es una pregunta o una sugerencia? —dijo Erick en voz lo suficientemente alta para hacerse oír por Anatol.

—¿Cómo reaccionarían ellos?

—Mal, no conviene molestarlos. Al marcharnos, si quisieran nos barrerían con sus pesadas ametralladoras de a bordo. Hay que ser gentiles y sonreír, limitándonos a cumplir con el trato efectuado de antemano.

—Entiendo. Seguiremos el juego al pie de la letra.

Se produjo el silencio dentro del helicóptero, un silencio preñado de tensión.

A bordo, la oscuridad era casi total; abajo, negrura. Sólo vieron algunas luces lejanas, ya que Erick evitó en todo momento pasar sobre alguna población provocando la lógica alarma, ya que si los gendarmes miraban al cielo, por lo menos tratarían de hallar las luces de señalización de la nave y ésta las llevaba todas apagadas.

La luna no era grande ni brillante, sin embargo, el Ródano semejava una serpiente de plata al reverberar los rayos del astro nocturno.

—Al fin, el Mediterráneo —exclamó el belga al ver brillar la gran masa de agua.

—Fuera del límite marítimo, la policía francesa ya no tiene jurisdicción —dijo Anatol satisfecho.

Estar lejos del alcance de la justicia francesa tranquilizó a los viajeros. Sin embargo, a Xina la preocupó.

—¡Ay, me duele mucho! —gritó Vasolev de repente.

A excepción de Erick, todos le observaron interrogantes.

—¿Qué te duele? —preguntó Paolo.

—Las costillas... Ay, no puedo resistirlo —y comenzó a gemir de dolor.

—No es el mejor modo de entregarlo —opinó Erick Freeman.

—¡Esto es inhumano! —exclamó Xina incontinentemente.

Taseau opinó:

—Se le habrá acabado el efecto de la morfina.

—Pues inyéctale de nuevo. Freeman tiene razón, no podemos entregarlo gritando.

—Necesitaré una luz.

—Paolo, cuídate de iluminarlo con la linterna.

—¿Durará mucho esto? —preguntó Monique nerviosa.

—Antes de diez o quince minutos habremos establecido contacto —le respondió Erick.

A Igor Vasolev le fue inyectada una ampolla de morfina que volvió a dejarlo calmado en sus dolores, pero no en su pesimismo. Para él, todo estaba más negro que la noche que les envolvía.

—Miren allá abajo —indicó Erick.

Se acercaron a las ventanillas. En el mar había una masa oscura. No cabía duda, era un navío de guerra pero en la noche no podía identificarse.

El foco de persianas comenzó a transmitir en Morse... Erick leyó mentalmente mientras Taseau lo hacía en voz alta.

—Exigen identificación y luego añaden

111 000

Tst.

—Es la contraseña —aclaró Erick.

Anatol se le acercó por la espalda, vivamente interesado, y preguntó:

—¿Qué hay que responderles ahora?

—La identificación que ellos esperan.

—Pues transmítala.

—¿Se imagina que me hubiera olvidado de la contraseña? —preguntó irónico—. No nos dejarían bajar.

—Nos barrerían con sus armas. No olvide que el país que paga por Vasolev, si no está en guerra permanente, poco le falta.

—Pues vamos rápido, no quiero morir por jugar con fuego.

Erick, sonriente y frío, dueño de la situación, movió la clavija de las luces de señalización encendiendo y apagando alternativamente. Con la intermitencia calculada formó la clave que abajo aguardaban mientras a bordo del helicóptero todo era tensión y nervios.

CAPÍTULO IX

Taseau se apresuró a decir:

—Vuelven a enviar mensaje.

Erick explicó:

—Dan paso franco para el descenso.

Anatol escrutó la masa oscura que se hallaba por debajo de ellos, a quinientos pies de distancia.

—¿Dónde detendrá el helicóptero? —preguntó.

—A bordo de ese navío.

Xina tragó saliva. Taseau lo miró inquieto y Anatol, no queriendo demostrar miedo pero preocupado, dijo:

—¿Habrá sitio suficiente?

—Sí, en la popa hay un espacio capaz para dos helicópteros si no se tropieza con el cañón de popa y no se les ha olvidado colocar el tubo en vertical —bromeó Erick, el más seguro de sí en la difícil situación en que se hallaban. Nadie quería hundirse en las oscuras aguas del Mediterráneo.

—Esperemos que no se les haya olvidado —gruñó Taseau.

—Tenemos más viento del necesario —dijo Erick—, pero espero que la maniobra de toma de suelo se realizará sin dificultades. No se preocupen, en estas circunstancias el despegue resulta mucho más fácil.

Erick Freeman demostró una vez más su pericia en el manejo del helicóptero. Éste, tras situarse en posición, comenzó a descender en vertical.

El mar no estaba embravecido, pese a ello el barco oscilaba, corriendo peligro el helicóptero de golpear contra una de las barandas.

Erick Freeman se mantuvo a unos cuatro pies del suelo de la cubierta de popa y en el momento justo en que la nave volvía a oscilar en dirección contraria, descendió quedando inmóvil.

Paró el motor y un potente foco les iluminó de lleno haciendo que el resto de la nave, por efecto de contraluz, permaneciera en la oscuridad.

—Nos van a cegar —protestó Taseau.

—Sólo quieren protegerse —advirtió Erick—. Seguramente nos estarán apuntando con las ametralladoras de cubierta. No se fían de nadie, si nos consideran enemigos o simplemente peligrosos nos barrerán. Esta situación es peligrosa para su publicidad mundial. Algunos países podrían molestarse mucho por lo que aquí está sucediendo y en la ONU habría remolinos de protestas y contraprotestas. A nuestros amigos no les interesa eso.

—¿Y qué hay que hacer ahora? —inquirió Anatol.

—Voy a bajar para realizar el contacto personal.

—Yo iré con usted, Freeman.

—¿No se fía? —preguntó mordaz.

—¿Se fía usted de mí?

—No, por supuesto.

—Estamos en tablas. Bajaré con usted.

—¿Y sus matones?

—Se quedarán a bordo, con las chicas y Vasolev. Si sucede algo malo, Maurice, Paolo y Taseau ya saben lo que tienen que hacer.

Taseau habló asintiendo:

—Sí, liquidaremos a los dos y trataremos de largarnos.

—Ya lo ha oído, Freeman. Ellos morirán y yo estaré muy cerca de usted. Le estaré apuntando con una pistola y si pasa algo, será el primero en caer.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó Erick sonriendo.

—No lo sé, pero soy supersticioso y esta noche tengo la impresión de que no es buena para mí.

—No me diga que ha consultado su horóscopo correspondiente al día de hoy.

—Basta de palabras y abajo; esa gente espera.

Erick abandonó el asiento y salió por la puerta grande seguido de Anatol.

Nadie se acercó al helicóptero, era como si se hubieran detenido sobre un navío fantasma sin tripulación a bordo. Sólo aquel poderoso foco que les cegaba, iluminándoles de lleno y que les impedía ver más allá, era síntoma evidente de que la nave de guerra

no estaba tan sola como parecía.

Taseau se colocó ante los mandos por si había que volar en rápida emergencia. Maurice controlaba la puerta y Paolo dominaba la situación dentro del aparato.

Monique, excitada, dijo:

—Sólo faltaría que ahora no entregaran el dinero porque el ruso está hasta los ojos de yeso.

—No seas gafe —masculló el italiano.

—Me agradaría que nos barrieran a todos a balazos aquí mismo —espetó Xina—. Por lo menos, terminaríamos de una vez.

—Mírala ella —exclamó Monique sin poder disimular la rabia que le producía la presencia de Xina que hacía oscurecer su belleza—. Ya le sugeriré a Anatol que te encierre en la mazmorra con Peter.

—¿Con Peter?

—Sí. Primero, él se ocuparía de ti y luego, hechos un par de gusanos, aguardaríais la muerte por inanición en medio de la más absoluta oscuridad, rodeados de ratas y metidos en un ambiente húmedo que ayudaría a que os pudrierais antes.

—¡Es usted repugnante! —acusó Xina.

Monique se echó a reír con una carcajada insultante, despectiva. Luego, dijo desafiante:

—Si esperas a que Erick se quede contigo, estás equivocada. Será mío. Yo le haré bailar al son que quiera, sé hacerlo muy bien cuando me interesa.

—No me extraña. Lo habrá hecho tantas veces en su vida pública...

—¡Maldita perra! —gritó Monique.

Levantándose, abofeteó a Xina la cual, en vez de amedrentarse, se embraveció agarrando a la morena por los cabellos.

—¡Estúpidas! ¡Quietas, a la que se mueva la mato!

El italiano consiguió separar a las dos mujeres que se miraban fieramente.

—Esto te lo haré pagar caro, muy caro —jadeó Monique.

—Ya han aparecido los hombres del barco —anunció Taseau cortando la situación desde el asiento del piloto que antes ocupara Freeman.

Anatol miró al grupo de cinco hombres que se acercaba. Tres de

ellos, en apariencia simples marinos, portaban metralletas portátiles.

—Son americanos —observó.

—¿Lo dice por el uniforme? —le preguntó Erick en voz baja esperando que los militares del navío se les aproximaran más.

—Sí, es de la Navy.

—Es el camuflaje. No olvide que estamos representando una farsa.

—Pues son verdaderos maestros. Yo juraría que son norteamericanos.

—Pues la «pifiaría» como vulgarmente se dice.

—El de más graduación lleva un maletín. ¿Irá ahí el dinero?

—Supongo que sí.

Cortaron aquel rápido diálogo hecho en voz baja mientras el viento fresco y salino del Mediterráneo cruzaba la nave de babor a estribor.

—¿Han traído al hombre? —preguntó el desconocido que lucía graduación de capitán de navío de la Navy norteamericana.

—Sí, está en el helicóptero.

Tras la respuesta de Erick, Anatol preguntó:

—¿Y ustedes han traído el dinero?

El capitán no sonrió. Se limitó a palmea el maletín.

—Está aquí dentro, pero primero quiero ver al hombre.

—Y nosotros el dinero —repuso Anatol.

Erick, más considerado, palió la dureza del armenio.

—Seguro que el dinero está dentro. Si abre ahora el maletín, podría volar al agua.

—Si su amigo desea verlo, no hay inconveniente —aclaró el capitán de la nave abriendo ligeramente el maletín. Varios fajos de billetes y dólares en distintos tipos de moneda, quedaron al descubierto.

Anatol sonrió y alargó la mano, pero el capitán no soltó el maletín.

—Bajen al ruso.

—Vamos, Anatol, ordene a Maurice y a Paolo que traigan a Vasolev.

—¿No puede bajar por sí mismo? —preguntó el capitán de la nave.

—El ruso es un tipo algo frágil —dijo Anatol con sarcasmo.

El capitán interrogó a Erick con la mirada.

—Verá, está algo herido.

—¿Qué clase de heridas?

—Ha tenido la desgracia de caerse por unas escaleras.

Las palabras de Anatol no gustaron al marino que volvió a observar a Erick interrogante.

—Lo ha enyesado un médico aunque con poca delicadeza. Vasolev está bien, pero mejor sería que lo pasaran por rayos X y lo enyesaran de nuevo si es necesario.

—Si el hombre no está bien no podemos pagar por él —advirtió el capitán de la nave que no había revelado su nombre.

Anatol se puso un poco nervioso. Tenía demasiado cerca aquel medio millón de dólares para que se le escapara por la estupidez cometida por uno de sus hombres.

—Su cerebro está perfecto, sólo tiene una pierna y unas costillas rotas.

El capitán se volvió hacia uno de sus ayudantes, ordenando:

—Que venga el médico inmediatamente.

El marino acogió la orden, apresurándose a ir en busca del oficial médico de a bordo.

—Anatol, bajen a Vasolev con la camilla sin que se dé golpes.

Anatol asintió y, a regañadientes, se alejó hacia el helicóptero.

—¿Qué sucede? —preguntó Taseau desde arriba.

—Puede haber problemas.

—¿De qué clase?

—Un médico va a examinar a Vasolev, lo quieren sano. ¿Por qué diablos se caería por la escalera? —soltó una grosera imprecación y luego añadió—: Paolo, Maurice, bajad al ruso con mucho cuidado.

Mientras esta operación se realizaba, el belga preguntó:

—¿Son norteamericanos?

—No, van camuflados.

—Y el dinero, ¿lo llevan en el maletín?

—Sí, ya lo he visto.

—Esperemos que lo entreguen por las buenas, ya que nada podemos hacer contra ellos. Si es una nave de guerra, nos barrerían en un abrir y cerrar de ojos.

El desgraciado Vasolev fue descendido a cubierta y dos marinos

ayudaron a Maurice y a Paolo a dejarlo junto al capitán del navío que seguía inmóvil donde se detuviera en un principio. A Anatol no le gustó que el capitán y Erick hablaran entre ellos y se apresuró a acercarse para escuchar lo que decían.

—En unas semanas estará compuesto. Él cree que vamos a reintegrarlo a Rusia cuando lo que desea es ir a Norteamérica.

El oficial médico se acercó con un maletín.

Vasolev les miraba atónito. No tenía dolores, la morfina se los había calmado, pero no comprendía bien la situación y así lo expresó.

—¡Si son americanos!

Erick se rió y Anatol lo miró con miseria al tiempo que decía:

—Pobre infeliz.

El oficial médico realizó una inspección rápida y ocular. Incorporándose aclaró:

—No se puede dar un diagnóstico perfecto, pero parece que sólo tiene algunos huesos rotos. En el botiquín se podrá diagnosticar con mayor precisión lo que le ocurre.

—Entonces, no será preciso hacer esperar más a nuestros amigos. Que lo lleven a la enfermería y asistanlo como mejor puedan. Parece que le han hecho una primera cura muy deficiente.

Anatol suspiró, parecía que todo iba a salir bien. Tendió la mano hacia el maletín, pero Erick hizo lo propio y el capitán de navío, mirando a ambos, entregó el maletín a Freeman ante la contrariedad de Anatol que esperó.

—Regresemos al helicóptero.

Paolo y Maurice fueron los primeros en regresar a la nave.

El capitán saludó a Erick brevemente y éste, con el maletín en la mano, aguardó a que todos estuvieran dentro del helicóptero.

—¿Qué espera que no sube? —inquirió Anatol deseando tener en sus manos el maletín, pues no había juzgado oportuno amenazar a Freeman con su pistola delante de los marinos.

—Yo subiré con el maletín si primero baja Xina al barco.

El armenio parpadeó sorprendido tras sus gafas de cristales redondos.

—¿Cómo ha dicho?

—Que baje Xina —insistió seco.

—¿A qué viene esa estupidez?

Anatol se había acercado más a la puerta, sacando medio cuerpo fuera de ella.

—Xina se queda aquí, Anatol. No va a molestarme más amenazándome con matarla.

—¿Y si ella no baja? —preguntó desafiante.

—Entonces no subo yo con el maletín. Taseau ya puede coger el helicóptero y largarse. El trato es el trato. Xina queda libre, yo subo con el maletín y les regreso a Francia junto a los coches. Allí se quedan su parte y yo mis ciento cincuenta mil del ala.

—¿Y qué van a hacer con la chica en este barco de guerra?

—Ya he hablado con el capitán. La dejarán en cualquier puerto donde anclen para repostar.

—¿Y qué puerto será ése?

—Eso no importa, sólo quiero que no la liquiden.

—Ella puede contárselo todo a la policía.

—¿Qué policía?

—La del lugar donde la dejen.

—Nadie va a crearla.

—Existe el peligro de que sí la crean.

—Ella no será testigo. El primero que le dirá que cierre la boca será su padre, el hombre de la CIA, a la vista de su fracaso. Vasolev se le ha escapado de las manos.

—Bien, pero ¿no intentará ninguna jugarreta?

—Cuando Xina baje del helicóptero, yo subiré a él con el maletín y se lo daré haciéndome cargo de los mandos. Le advierto que si no me hace caso, esos marines los barrerán con sus armas y luego empujarán el helicóptero al agua. Nadie sabrá jamás nada de esta cita.

—De acuerdo, a mí qué diablos me importa esa chica si tengo el dinero en la mano —se introdujo en el aparato y ordenó—: Tú, Xina te quedas aquí.

—¿Yo? —preguntó perpleja.

—Sí, para ti es final de trayecto. Vamos, rápido, hay que despegar cuanto antes.

Erick ayudó a la joven a descender de la nave cogiéndola por la cintura al tiempo que musitaba a su oído:

—No te preocupes, todo saldrá bien. Confía en mí.

—Sí, Erick.

Xina anduvo hacia los marinos y Erick Freeman saltó al interior del aparato.

Anatol le arrebató el maletín de las manos.

—Mejor lo guardo yo.

—No tema, el dinero ya es nuestro y nadie va a quitárnoslo —dijo Erick.

El belga se hizo a un lado para dejar el puesto de piloto a Erick. Este puso en marcha los motores haciendo girar las aspas cada vez con mayor velocidad.

Cuando la rotación fue la adecuada, abandonaron el barco en un ascenso casi vertical en unos treinta pies. Luego, se alejaron en dirección norte.

—¿Por qué has hecho bajar a la chica? —inquirió Monique molesta.

—Cierra la boca, no te entrometas ahora que todo ha salido bien —cortó el armenio.

A excepción de Erick Freeman, todos centraron sus pupilas en los billetes norteamericanos.

Con voz suficientemente alta para que todos le oyeran, Erick dijo:

—No se ven peces abajo.

Aquellas palabras tuvieron el mismo valor que el percutor de una bomba de relojería en el momento de ser activado.

En fracción de segundos, Paolo sacó su pistola apuntando a Anatol con ella.

—Quietos todos.

Monique también reaccionó instintivamente, tal como tenía programado el plan en su mente. Sacó de su bolso de mano una «Browning» con la que también apuntó a Anatol.

—Quietos todos o disparo.

—¿Estáis locos? —Gruñó el armenio.

Maurice empujó a Monique y ésta disparó contra él al tiempo que Anatol sacaba el arma de su bolsillo. Los disparos se sucedieron.

El belga no atinó a decir nada. Para él era como si dentro de la nave todos se hubieran vuelto locos.

Mientras el tiroteo se producía, Erick tomó una linterna subacuática allí preparada y sin que nadie pudiera evitarlo, abrió la

portezuela lanzándose al vacío.

—¡Freeman ha escapado! —gritó Taseau corriendo a ocupar el puesto que Erick había dejado vacío mientras tras él se producía el caos y los billetes se desparramaban por el piso de la nave.

Erick Freeman se hundió en el agua con un limpio salto. Luego, regresó a la superficie. El ruido de las olas amortiguaba el de los motores del helicóptero que se alejaba dando tumbos en el aire y sin luces de señalización.

Se mantuvo a flote y poniendo la linterna por encima de su cabeza, conectó el intermitente en dirección al barco de guerra cuyas luces de señalización se divisaban claramente por no estar demasiado lejos de él.

EPÍLOGO

Con un cigarrillo en la zurda, el periódico doblado en la diestra ante sus ojos, vestido con un taparrabos imitando piel de pantera y sobre una tarima, Erick Freeman leía en voz alta.

—«La llamada anónima realizada desde Marsella alertó a la policía sobre el lugar donde se estaban introduciendo en Francia dólares falsificados».

Xina, delante del lienzo que estaba pintando y en el que podían verse los trazos ya dibujados de su tarzán particular, preguntó:

—¿Y dice que pudieron atraparlos a todos?

—Sí, el periódico elogia la brillante acción de la PJ francesa. Tres helicópteros cercaron al helicóptero de los delincuentes y éste fue obligado a tomar tierra en una de las playas de la Costa Azul, no sin antes haber tenido que realizar disparos de advertencia.

—Quien hizo la llamada fue mi padre, ¿no?

—Exacto. Está en Marsella y desde allí dio el aviso cuando recibió noticias del barco conforme habían tomado contacto con él.

—¿Y Monique?

—Resultó alcanzada por dos balazos en sus preciosas piernas.

—¿Preciosas? —repitió peyorativa.

—Sí, preciosas.

—Imagino que eso lo sabrás bien, has tenido ocasión de comprobarlo.

Erick suspiró. Chupó su cigarrillo y tras expulsar el humo del tabaco siguió leyendo la gran noticia que ocupaba toda la primera página.

—Anatol fue el único muerto en la refriega.

—¿Lo liquidó la policía?

—No. Según indica el periódico, falleció a consecuencia de los balazos propinados por Paolo, que también resultó herido al igual que Maurice.

—Sería una auténtica carnicería.

—Oh, no, el belga resultó ileso. La policía también ha descubierto que el helicóptero había sido robado fuera de Francia y que la Embajada norteamericana lo reclamaba, asegurando que había sido hurtado de una base yanqui en Alemania Federal. Se han iniciado los trámites burocráticos para la devolución del aparato y los ladrones serán castigados por la justicia francesa por robo de un helicóptero, entrada ilegal de moneda internacional falsa en Francia, muerte de Anatol y las heridas de los demás. Creo que no volveremos a oír hablar más de esa pandilla de hampones internacionales.

—¿Y Peter?

—Al registrar los sótanos de la *boîte* Cholo en busca de más billetes falsificados, la policía ha descubierto la mazmorra en que se hallaba Peter Werman. El encierro, la oscuridad y el terror a una muerte por inanición lo han enajenado totalmente y ha sido recluido en un centro psiquiátrico penitenciario.

—¿Y de nosotros no hablan? —preguntó Xina observando la musculatura del hombre, más por deleite femenino que por deseo de plasmarla en el lienzo.

—Bueno, aquí abajo dice que el culpable de todo, según confesión de Monique, es un brasileño alto y rubio llamado Erick Freeman.

—¿Y cómo se llama ese sujeto en realidad?

—Si ya lo sabes, querida. Ernest T. Fitzgerald.

—Pobre Monique. En el fondo me da pena.

—Vivir al margen de la ley siempre lleva consigo el castigo apropiado. Por cierto, ¿sabes que me estoy cansando de posar?

Xina sonrió.

—Aguanta un poco más, hay que ser paciente. Ahora dime, ¿era necesario lo que hiciste para destruir la banda de Anatol?

—Sí. El departamento de la CIA al cual pertenezco, estuvo pensándolo y meditándolo todo punto por punto, no se dejó nada al azar.

—Eso ha quedado patente a la vista de los resultados, cariño.

—Sólo teníamos sospechas de que fuera Anatol. Debía ir a su *boîte* y provocarlo, hacerme conocer. Eso lo conseguí con una bronca que armé. Al mismo tiempo, como si viniera por parte de

Rusia, tu padre contrataba a Anatol por el método usual en estos casos para que secuestrara a Vasolev.

—¿Cualquier país podía contratar a Anatol para secuestrar a alguien y dejarlo en el país requerido donde era atrapado seguidamente por la policía correspondiente?

—Sí. Anatol no servía a ninguna bandera, es decir, sí.

—¿A la del dinero?

—Exacto. Lo mismo podía regresar a un fugitivo a Rusia que a un asesino a Estados Unidos si se le pagaba lo estipulado, claro.

—¿Ciento cincuenta mil dólares?

—Sí. La ambición le hizo caer en la trampa, medio millón era mucho para resistirse y seguir con el plan primitivo. Como no recelaron en ningún instante que yo perteneciera a la CIA, me siguieron el juego.

—Y los metiste en una trampa perfecta. Los dejaste pegándose tiros los unos a los otros.

—Mucha gente ha sufrido y muerto por su causa y no era posible castigarlos, eran demasiado astutos. Había que hacerlos caer en una trampa porque no podíamos buscarlos y asesinarlos fríamente. Eso no lo hace la CIA ni ningún estamento honrado de cualquier país del mundo, sea cual fuere su política o credo.

—Pero sí se les podía tender una trampa y que se destruyeran ellos mismos, ¿verdad?

—Eso es lo que planeamos.

—Lo de endosarles billetes falsos fue una gran jugarreta.

—Sí, eso les ha complicado las cosas.

—¿Y no han dicho nada del barco?

—En el periódico no mencionan nada, seguramente es censura policial. No quieren meterse en líos internacionales. Después de todo, no iban a creerlos. Ellos hablan de una nave de guerra de un país pequeño y el barco era norteamericano, perteneciente a la VI Flota que se prestó a colaborar con la CIA.

—No se dejó nada en el aire.

—No, sólo surgió un imprevisto.

—¿Cuál?

—Tu aparición en escena. Complicaste las cosas, amor. Ya no tenía que preocuparme sólo que ellos cayeran en la trampa, sino de que tú te salvaras, de lo contrario tu padre me mataba a mí.

—¿Y tú no lo hubieras sentido si me hubieran eliminado?

Él abandonó la tarima y acercándose a la mujer la estrechó en sus brazos.

—Quieto, quieto, no seas tan impulsivo. Estoy pintando, ¿no lo ves?

—Sólo veo que eres muy hermosa.

—Cínico, adorable cínico. ¿Me preparas a mi otra trampa?

—Eh, ¿qué diablos es esto? —inquirió la voz de Clu Harrison que por poseer llave de la casa había entrado sin hacer ningún ruido que lo delatase.

—Hola, papá. Estoy pintando a Ernest, te aseguro que es un digno ejemplar del sexo masculino.

—No lo pongo en duda, pero tú eres mi hija.

—¿Cómo está Vasolev? —preguntó Ernest.

—Se repone en California adonde ha sido trasladado en avión. Cuando se vio en la enfermería del barco explicó todo lo que le había sucedido, pero le aconsejaron que lo olvidara si quería vivir tranquilo el resto de sus días.

—Sólo se ha llevado unos huesos rotos —suspiró Ernest—. Pudo ser peor.

—Sí, es cierto —admitió Clu Harrison—. Gracias a él, que ignorará siempre que fue tomado como cebo, se ha logrado desarticular la banda internacional que hacía imposible escapar en busca de asilo político. Pero, no estaba hablando de esto al entrar. ¿No le parece indecoroso estar vestido con ese ridículo taparrabos delante de mi hija, Fitzgerald?

—Pero papá, si somos marido y mujer —aclaró ella.

Clu Harrison abrió tanto los ojos que pareció que éstos fueran a escapar de sus cuencas.

—¿Cómo?

—Sí, papá, nos hemos casado esta mañana. Por favor, Ernest, muéstrale la licencia.

—Ah, sí, Harrison, búsquela en mi chaqueta está por ahí. Yo tengo trabajo ahora.

Ernest T. Fitzgerald estrechó fuertemente a Xina mientras la besaba en los labios. Clu Harrison gruñó por lo bajo:

—Hubiera preferido que se fuera a Australia a pintar canguros en lugar de pintar al agente más cínico que tiene la CIA en su

nómina.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

